

MONÁRQUICOS Y REPUBLICANOS EN GUAYAQUIL: BOLÍVAR Y SAN MARTÍN EN UN MANUSCRITO INÉDITO DE LA BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD DE PAVIA

Antonio Scocozza¹

Università degli Studi di Salerno

Resumen

En este artículo, el autor traza los elementos fundamentales de la entrevista de Guayaquil entre Bolívar y San Martín, tal como se desprenden de la *Historia de la América Medional* de Luigi Nascimbene. Según el ingeniero-humanista lombardo uno de los objetivos que esta obra tenía que lograr era el de contribuir a la toma de conciencia por parte de los pueblos latinoamericanos de sus orígenes y destinos, determinando, de esa manera, las condiciones para favorecer mejores aptitudes profesionales y empresariales. Esas características, junto con la lograda independencia nacional, habrían sido el manantial para un sólido, libre y autónomo futuro desarrollo.

Palabras clave

Bolívar, San Martín, Nascimbene, Guayaquil, independencia.

Abstract

In this article the author analyzes the fundamental factors of the meeting between Bolívar and San Martín in Guayaquil, as well as inferable by *Historia de la América Meridional*. According to the lombard humanist engineer, one of the goals that this text had to reach

* Fecha de recepción 11 de febrero de 2014; fecha de aceptación 4 de agosto de 2014. El presente artículo es parte de una investigación realizada en el Dipartimento di Scienze Politiche Sociali e delle Comunicazioni dell'Università degli Studi di Salerno.

1. Antonio Scocozza es catedrático de Lengua, Cultura e Instituciones de los Países de lengua española en el departamento de Scienze Politiche, Sociali e della Comunicazione de la Università di Salerno, Italia. Es, además, director del programa de maestría en Ciencia Política de la Universidad Católica de Colombia en convenio con la Università di Salerno. Su actual y principal línea de investigación es el pensamiento político-constitucional latinoamericano, que ha llevado a la publicación de la monografía *El gran majadero de América. Simón Bolívar: pensamiento político y constitucional*, Planeta, Bogotá, 2010. a.scocozza@tin.it



was to contribute to consciousness by Latin-American populations about their origins and future, determining in this way the conditions to encourage professional and entrepreneurial skills. These characteristics, with the achievement of national independence, would have been the source of a future development, free and autonomous.

Keywords

Bolívar, San Martín, Nascimbene, Guayaquil, Independence.

En la reconstrucción histórica de las varias etapas constitutivas y del desarrollo de las poblaciones y naciones del *Mundus Novus* vespuciano, los testimonios, los informes y la literatura de viajes cumplen una función fundamental para definir la identidad colectiva de las tierras allende el océano.

El testigo-viajero habla de una sociedad, la describe y presenta una imagen de ella para un público que, por lo general, la desconoce; es el intermediario entre dos espacios opuestos, conectándolos entre sí, recorriendo un territorio desconocido, escribiendo sobre lo que ve y transmitiéndolo a un lector distante; es un ‘espía’ que observa y anota, que acumula información sobre una sociedad lejana y la transmite a un público cercano desde un punto de vista cultural, pero distante desde el geográfico.

América latina fue materia de muchos relatos y descripciones que le atribuían características peculiares que facilitaron su definición como un universo totalmente diferente al Viejo Mundo pero que, a la vez, era un reflejo de la imaginación europea.

América fue concebida en el marco de un conjunto de especulaciones filosóficas y, en particular, de narraciones de viaje escritas por europeos que, en un primer momento sorprendidos por la naturaleza de la tierra a la que habían llegado, intentaron explicarse dónde estaban en realidad, sin tener una conciencia muy clara de ello.

Después de un comienzo lleno de incertidumbres y de dudas, empezaron las primeras especulaciones sobre el tema que nos ocupa: los debates acerca del Nuevo Mundo, pues, no solo fueron aclaratorios acerca de la naturaleza de América y sus pobladores, sino también consolidaron algunos de los rasgos sobresalientes de la misma Europa, promocionando la formación del mundo moderno y la distribución en el mapa mundial entre países poderosos y países dominados tal como la conocemos.



Los escritos de viajes, breves o con una duración de algunos años, jugaron, por lo tanto, un papel muy importante en la construcción de la idea de América latina, intentando definir la cultura de la que hablan desde una perspectiva cultural específica: textos filosóficos como *Los ensayos* de Montaigne y programas políticos como *La utopía* de Tomás Moro fueron escritos impulsados por la experiencia americana.

Asimismo, el ingeniero-humanista lombardo Luigi Nascimbene, alimentándose durante muchos años de la realidad latinoamericana, escribió la monumental obra histórica *Historia de la América Meridional*, dedicada al Libertador Simón Bolívar.

Los frutos de este producto de la literatura de mediados del siglo XIX presentan unos cimientos muy considerables, debido antes que todo a su valor documental, además de su relevancia como demostración y testigo de 'cordura hermenéutica' que debería caracterizar cualquier estudioso que se pone a profundizar asuntos y temas de la historia civil, social y cultural de América latina, así como de cualquier otro país diferente del propio.

Es menester, sin embargo, trazar el recorrido biográfico de este personaje, sea como autor de valiosos trabajos sea como protagonista de acciones notables, para adquirir informaciones más claras sobre su visión política de la independencia latinoamericana.

El lombardo Luigi Nascimbene nació en las afueras de Pinarolo Po, en Argina, en 1801 y murió ultra setentón en 1873, en Génova. A pesar de que sus intereses culturales eran la filosofía y las matemáticas, su actividad profesional principal fue la de ingeniero hidráulico que desempeñó durante más de cinco lustros en Montevideo y que le permitió llegar a ser muy rico.

Emprendió numerosos viajes por Francia, Italia y Estados Unidos, que le facilitaron abrir su mente a las ideas de aquel entonces, identificándose totalmente con ellas, hasta llegar a la conclusión que la mejor manera para dejar en manos del pueblo la legítima soberanía, además de la posibilidad de poderla ejercer de manera útil, era la de fomentar el desarrollo de la cultura, impulsando la formación profesional y artesanal.²

Siempre sintió mucho interés por los estudios de tipo histórico: fue miembro del Instituto Histórico de Francia y, quedándose sin herederos, en su testamento quiso dejar huella de su voluntad de constituir, en Pavía, una fundación que tomaría su nombre, para lo cual legó toda su riqueza.

2. Véase, a este propósito, G. Nascimbene, *Luigi Nascimbene, il suo testamento e il suo Istituto*, Casteggio 1912, pp. 7-8.



Según su voluntad, el gran estadista, hombre político y amigo suyo, Agostino Depretis, asumió la presidencia del Instituto Nascimbene, que empezó a actuar como una especie de obra pía de beneficencia, educación y enseñanza en la provincia lombarda en virtud de un real decreto fechado el 13 de octubre de 1885, con la finalidad de ayudar a jóvenes interesados en estudiar la historia de América latina, que no contaran con recursos económicos para hacerlo.³

El gran afecto que siempre tuvo por esas tierras, junto con las casi tres décadas que pasó en Uruguay, sirvieron de fuerza motriz para la creación de la inédita *Historia de la América Meridional*. De hecho, en 1860, en París, Nascimbene solo logró publicar *Memoria y prospecto sobre la historia de la América Meridional*, despejando los motivos que lo habían empujado a escribir esa obra monumental:

He concebido este largo y costoso trabajo guiado exclusivamente por la aspiración de ser útil a los pueblos americanos y especialmente a los del Río de la Plata, cuya tierra considero como mi patria adoptiva. Quiera el destino que estas páginas contribuyan a dar gloria, honor y libertad a los americanos; y que sea un libro útil a los europeos que acuden a aquellas hospitalarias tierras.⁴

Desgraciadamente, la obra no tuvo mucho éxito, ni fue publicada por ser considerada de muy poca envergadura: su importancia, sin embargo, tiene una estrechísima relación con su valor documental y de participación directa de su autor, lo cual –claro está– es algo muy notable y del que no se puede prescindir.⁵

Constituida por siete volúmenes que dibujan la historia de la parte meridional del continente americano desde su descubrimiento hasta las luchas por la independencia, esta obra se presenta como un relato nada aproximativo que, expresando una serie de juicios críticos y de análisis histórico-políticos, cuenta lo que, muy probablemente, ocurrió durante los días de las luchas latinoamericanas para lograr la libertad de la madre patria.

Queriendo dar a conocer la detallada taxonomía del trabajo en cuestión, es de resaltar que su primera parte –*La dominación española*–

3. Cfr. *Testamento dell'ingegner Luigi Nascimbene*, Casteggio 1912, pp. 2-12.

4. Cfr. G. Nascimbene, *Luigi Nascimbene, il suo testamento e il suo Istituto*, cit., p. 9.

5. Por lo que a la falta de publicación se refiere, Luigi Nascimbene pudo decir: «Si objetaran que el costo es demasiado respecto a la modesta importancia que la publicación habría tenido en este momento, no habría dudado en responder que existen actos de bondad y de cortesía que no se miden con el metro de la oportunidad o de la ganancia, sino que responden a una necesidad del espíritu y son testigos de que los beneficios morales dejan una gran herencia afectiva». Ivi, p. 10.



consta de dos tomos en los que se hace hincapié en las obras y en los autores que, a lo largo de los años, se ocuparon de América latina; la parte física del subcontinente, así como su descubrimiento y conquista (siglos XV y XVI) siguen siendo parte del primer tomo, mientras que en el segundo se habla de los varios gobernadores y virreinos de los siglos XVII y XVIII.

La segunda parte –*La guerra de independencia*– está compuesta por los cinco tomos restantes: la independencia de España; la lograda libertad de Brasil de Portugal; el quinto tomo recoge un elenco muy pormenorizado de manuscritos y obras que tratan sobre la América meridional y la guerra de independencia; el sexto, además de un nuevo catálogo sobre la historia latinoamericana, también contiene escritos sobre Italia y varios mapas geográficos; en fin, el séptimo volumen trata de la historia de la independencia del Río de la Plata.⁶

La filosofía en la que se basa la obra brota, a grandes rasgos, del contexto en el que Nascimbene tuvo la oportunidad de formarse, el de la burguesía industrial lombarda, una clase social abierta a la nueva ideología ilustrada y liberal que daba mucha prioridad a la educación profesional y al progreso industrial, considerados ejes para la emancipación política y, más en general, el bienestar económico de los pueblos.

Para Nascimbene, pues, uno de los objetivos que esta obra tenía que lograr era el de contribuir a la toma de conciencia por parte de los pueblos de sus orígenes y destinos, determinando, de esa manera, las condiciones para favorecer mejores aptitudes profesionales y

6. Seguimos avalorando la tesis según la cual el valor documental de la *Historia de la América Meridional* de Nascimbene es realmente conspicuo y significativo. Piénsese en que el quinto tomo recoge un largo elenco de ensayos y manuscritos relacionados con la historia de la América meridional que nos enteran de las fuentes histórico-documentales a través de las cuales se dieron a conocer los acontecimientos en cuestión. Entre los documentos y textos más destacados, que hacen referencia a las páginas sobre el Libertador, recordemos: *Documents relating to the United Provinces of Venezuela*, Londres, 1812; M. de Lamarque, *Révolutions de l'Amérique espagnole, ou récit de l'origine, des progrès et de l'état actuel de la guerre entre l'Espagne et l'Amérique Meridionale*, París, 1819; R. Mérida, *Representación al Congreso de Venezuela*, Burdeos 1819; Flinter, *A history of the revolution of Caracas, with a description of the llaneros*, Londres, 1819; B. Monteagudo, *Exposición de las tareas del gobierno desde su instalación hasta 1822*, Lima, 1822; Brackenridge, *Biografía del general San Martín*, Londres, 1823; Brandsen, *Apelación a la nación peruana, escrita en los calabozos del Palacio dictatorial*, Santiago, 1825; B. Monteagudo, *Ensayo sobre la necesidad de una federación entre los Estados hispanoamericanos*, Lima, 1825; *Constitución de la República boliviana*, Chuquisaca, 1826; I. Núñez, *Esquises historique, politique et statistique de Buenos Aires et de ja République de Bolívar*, París 1826; Lallemand, *Histoire de la Colombie*, París, 1826; *Proyecto de Constitución para la República de Bolivia y discurso del Libertador*, Buenos Aires, 1826; Torrente, *Historia de la revolución hispanoamericana*, Madrid, 1829; *Memorias del General Miller al servicio de la República del Perú*, Londres, 1829; Holstein Ducoudray, *Histoire de Bolívar*, París, 1831; *Nota dirigida al Ministro de Relaciones exteriores de Bolivia sobre los límites de la República boliviana*, Valparaíso, 1845; General Camba, *Memorias para la historia de las armas españolas en Perú*, Madrid, 1846; D. F. Sarmiento, *Étude politique sur San Martín et Bolívar, et sur la guerre de Vindependance dans l'Amérique du Sud*, s.l., 1847; P. Pruvonena, *Memorias y documentos para la historia de la independencia de Perú causas del mal éxito*, París, 1858.



empresariales. Esas características, junto con la lograda independencia nacional, habrían sido el manantial para un sólido, libre y autónomo futuro desarrollo.

De lo que se deduce de sus varios escritos, la idea política de Nascimbene ha sido caracterizada por dos principios sociopolíticos: el *principio material* o de la codicia, que aspira a alejar al hombre de la política, orientándolo hacia actividades que producen riqueza, y el *principio filosófico*, que valoriza la actividad política dirigida a mejorar las relaciones sociales.⁷

De ahí que el principio de la codicia no hace otra cosa sino distanciar al hombre de los quehaceres políticos más puros y virtuosos, los filosóficos; por cierto, el principio filosófico no se puede excluir totalmente –claro está– más bien sigue vivo gracias a mentes excelsas que no permiten que se soslaye y, aunque se intente quitarle importancia rebajándolo a un ‘principio solo teórico’, sencillo y de escaso valor, resulta fundamental para poder construir la estructura social, dado que es su armazón.

Además, en el campo internacional el principio político-filosófico es necesario para garantizar la convivencia pacífica entre las naciones, permite la creación de formas de preparación e instrucción internacional que tienden a unificar los principios sobre cuyas bases los príncipes gobiernan a los pueblos y, sobre este mismo principio, se fundan instituciones para la enseñanza de los diversos idiomas, demoliendo una de las barreras más graves entre las naciones, buscando un idioma común, al menos europeo y, en fin y sobre todo, «el desarme de todos los poderes tiende a la anhelada paz entre los pueblos».⁸

Desde un punto de vista, digamos, rioplatense para explicar su exacta idea de la independencia hispanoamericana, Nascimbene hizo hincapié sobre el alcance de las relaciones entre San Martín y Bolívar y, de manera particular, sobre la entrevista de Guayaquil como eje de estas relaciones.

Analizando el manuscrito de nuestro autor⁹ –guardado, hoy en día, en la Biblioteca de la Universidad de Pavía– resulta fácil destacar que hace referencia a una famosa y controvertida carta de San Martín a

7. En otra obra suya publicada en Génova, Nascimbene vuelve a retomar su tesis política, la que se fundamenta en dichos principios: «Uno material y el otro filosófico: aquel es interés ansioso de riquezas, este mira a la magnanimidad por la cual se ennoblece la sociedad y se eleva a la altura de su creador». L. Nascimbene, *L'Italia, il suo avvenire, la sua capitale e soluzione della questione romana*, Génova, 1864, p. 33.

8. *Ibidem*.

9. L. Nascimbene, *Storia dell'America Meridionale*, folios 1557-1872. De ahora en adelante S.A.M. con la indicación de los folios (ff. o f.)



Bolívar, en la que el Protector del Perú proporcionaba un balance sobre el encuentro de Guayaquil que, en la fase de la liberación del centro de la América meridional, parecía ser, cada vez más claramente, el nudo capital.

Es menester, a esta altura, recordar muy brevemente la historia de este puerto tan importante del Océano Pacífico. En 1534, tras varias reubicaciones y disputas con las tribus nativas, terminó establecido en esta ciudad que servía de puerto comercial en el Mar del Sur, llegando a ser, durante el dominio español, uno de los principales puertos de América, debido a su considerable crecimiento demográfico y comercial, y uno de los mayores astilleros en servicio a la Corona española, gracias a la buena calidad de la madera que podía encontrarse en sus bosques.

Por lo que a lo político se refiere, fue sede del Corregimiento de Guayaquil con el cual formaba una entidad territorial de la Real Audiencia de Quito que, a su vez, cambió varias veces de estar integrada en el Virreinato de Perú al Virreinato de Nueva Granada. En 1764 tomó el grado de ‘Gobierno político y militar’ por órdenes del rey Carlos III de España.

Sin embargo, a pesar de que desde 1740 Guayaquil formara parte de la presidencia de Quito, Perú exigía la jurisdicción sobre el puerto ecuatoriano por dos motivos: antes que todo, en 1803, durante la guerra contra Gran Bretaña, España había entregado Guayaquil al virrey de Perú para que lo defendiera; en segundo lugar, en 1810, con ocasión de la revuelta de Quito y Santa Fe, el virrey extendió sus poderes a toda la provincia de Quito, lo cual duró hasta el 23 de junio de 1819 cuando, por pedido de los mismos habitantes del lugar, una real cédula dispuso la reincorporación de Guayaquil a la jurisdicción de Quito por lo que a los asuntos civiles se refería, mientras que en lo militar quedaba vinculada a Perú.

Después de casi tres siglos de dominio español, el 9 de octubre de 1820 se dio en Guayaquil un movimiento emancipador que instaló un gobierno criollo encabezado por José Joaquín de Olmedo, designado jefe político de la provincia, lo cual llevó a la creación de la ‘Provincia Libre de Guayaquil’ como Estado soberano, a la redacción de una Constitución y al objetivo de independizar el resto de la Real Audiencia.

La independencia de Guayaquil ocasionó el desacuerdo entre Bolívar y San Martín. Las intenciones de cada uno respecto a esta provincia eran distintas: mientras San Martín proponía determinar el futuro de Guayaquil mediante una consulta con el voto de la provincia, Bolívar entendía que Guayaquil era parte de Colombia y que ella, por sí, no



podía decidir nada acerca de su independencia o de su anexión a Perú. Estaba decidido, pues, a incorporar la provincia a Colombia.

Al poco tiempo, el general Antonio José de Sucre (nacido en el actual estado de Sucre, Venezuela, el 3 de febrero de 1795) entró con sus tropas en Guayaquil y firmó otro acuerdo entre la Junta de Guayaquil y el Gobierno de Colombia. Derrotadas por el general español Aymenrich las fuerzas de Sucre, la junta guayaquileña, deseando asegurar su posición, con fecha 17 de septiembre de 1821, convino solicitar la ayuda de las expediciones libertadoras del sur y del norte; se dirigió a San Martín, pidiéndole auxilio militar.

San Martín envió la división del norte, al mando de Andrés de Santa Cruz que estaba compuesta por tropas rioplatenses, chilenas, peruanas y por los Granaderos a Caballo. San Martín, que todavía no había entrado a Lima, acordó enviar hacia Guayaquil, en calidad de comisionados, a Tomás Guido y a Toribio Luzuriaga. Con fecha 30 de diciembre de 1820 se suscribió un convenio entre la Junta de Gobierno y Guido, por el cual la junta mantenía la independencia de Guayaquil hasta que se lograra la total independencia de la América del Sur.

A pesar de la unión de ambas fuerzas, fue necesaria toda la capacidad diplomática y militar de Sucre para que un nuevo acuerdo, modificando el anterior, devolviera Guayaquil a Colombia y pusiera la ciudad bajo la jurisdicción de Simón Bolívar, produciéndose la anexión el 13 de julio de 1822¹⁰.

Según el historiador argentino Bartolomé Mitre, la intención de San Martín respecto de ese asunto no tenía nada que ver con dar autonomía a una entidad nacional, sino quería ser una cobertura democrática a su decisión de alejar Guayaquil de Colombia y de unirla a Perú, donde el mismo San Martín ya tenía establecido su protectorado:

Ocupada la ciudad por tierra y por mar, el Protector esperaba adueñarse del terreno para garantizar la libre voluntad de los guayaquileños, y tal vez para inclinarlos a favor de Perú. Pensaba que a su llegada el Libertador aún se hallaría en Quito, donde tenía la intención de dirigirse, como lo había anunciado, a fin de alcanzar ahí un acuerdo ventajoso: pero Bolívar le ‘ganó la mano’, según él mismo declaró después¹¹.

10. Cfr. V. Lecuna, *Crónica razonada de las guerras de Bolívar*, vol. III, Nueva York, 1950, p. 121.

11. B. Mitre, *Historia de San Martín y de la independencia sudamericana*, vol. III, Buenos Aires, 1889, p. 619. Téngase en consideración también lo dicho por el mismo San Martín a su decano Rufino Guido: «Qué le parece de cómo nos ha ganado la mano el Libertador Simón Bolívar», en *La entrevista de Guayaquil. Apuntes atribuidos al general Rufino Guido*, citado en L. Lecuna, *Catálogo de errores y calumnias en la historia de Bolívar*, vol. II, Caracas, 1956, p. 173.



También Bolívar comparte esta idea, como se destaca en la carta que el Libertador escribió al Protector el 22 de junio de 1822:

V.E. expresa el sentimiento que ha tenido al ver la intimación que hice a la provincia de Guayaquil para que entrase en su deber. Yo no pienso como V.E. que el voto de una provincia debe ser consultado para constituir la soberanía nacional, porque no son las partes sino el todo del pueblo el que delibera en las asambleas generales reunidas libre y legalmente. La Constitución de Colombia da a la provincia de Guayaquil la más perfecta representación, y todos los pueblos de Colombia, incluso la cuna de la libertad, que es Caracas, se han creído suficientemente honrados con ejercer ampliamente el sagrado derecho de liberación [...]. V.E. ha obrado de un modo digno de su nombre y de su gloria, no mezclándose en Guayaquil, como me asegura, sino en los negocios relativos a la guerra del continente.¹²

Sin embargo, para entender mejor el verdadero sentido político del encuentro de Guayaquil, hay que dar un paso atrás. De hecho, en los meses precedentes a la entrevista, hubo un nuevo intercambio de correspondencia entre Bolívar y San Martín acerca de la cuestión militar. El 17 de junio de 1822 Bolívar escribía:

Tengo la mayor satisfacción en anunciar a V. E. que la guerra de Colombia está terminada, y que su ejército está pronto para marchar donde quiera que sus hermanos lo llamen, y muy particularmente a la patria de nuestros vecinos del Sur, a quienes por tantos *títulos debemos preferir como los primeros amigos y hermanos de armas*.¹³

Desde Lima, el 13 de julio de 1822, San Martín le contestaba a Bolívar:

El Perú es el único campo de batalla que queda en la América, y en él deben reunirse los que quieren obtener los honores del último triunfo, contra los que ya han sido vencidos en todo el continente. Yo acepto la oferta generosa, que V.E. se sirve hacerme en su despacho de 17 del pasado: el Perú recibirá con entusiasmo y gratitud todas las tropas de que pueda disponer V.E., a fin de acelerar la campaña y no dejar el menor influjo a las vicisitudes de la fortuna: espero que Colombia tendrá la satisfacción de que sus armas contribuyan poderosamente a poner término a la guerra

12. *Cartas del Libertador*, Caracas, 1964-1970, vol. III, pp. 242-243 (de ahora en adelante *C.d.L.*).

13. *Gaceta del Gobierno de Lima Independiente*, julio 1821- diciembre 1822, Universidad Nacional de La Plata, La Plata, 1950, p. 559.



del Perú; así como las de este han contribuido a plantar el pabellón de la república en el Sur de su vasto territorio.¹⁴

Es patente, en este intercambio de correspondencia entre los dos libertadores, no solo una promesa de Bolívar de llevar a Perú sus armas, sino también el propósito de San Martín de recibir al ejército colombiano para dar rápida terminación a la guerra.

Parece que los objetivos principales –según lo que se destaca del Tratado de Confederación entre Perú y Colombia, firmado el 6 de julio de 1822 en nombre de los respectivos gobiernos por Bernardo Monteagudo y Joaquín Mosquera– son

emplear todos sus recursos y fuerzas marítimas y terrestres para sostener eficazmente su libertad e independencia; y deseosos de que esta liga sea general entre todos los estados de América antes española, para que unidos fuertes y poderosos sostengan en común la causa de su independencia, que es el objeto primario de la actual contienda.¹⁵

El 13 de julio –como ya explicamos– Bolívar incorporaba Guayaquil a Colombia. Sin enterarse de lo acontecido, el día siguiente el Protector zarpó del Callao a bordo de la goleta ‘Macedonia’ hacia Guayaquil; mientras tanto se enteraba de que el Libertador había resuelto en forma definitiva y unilateral el problema en torno a esa provincia y que los miembros de la junta y algunos simpatizantes de su anexión a Perú se habían refugiado en los barcos de la escuadra peruana surtos en dicho puerto.

El 26 de julio de 1822, San Martín se encontró con Bolívar que lo esperaba en su residencia. Después del ceremonial del recibimiento, los dos libertadores tuvieron su primera entrevista en tierra de una hora y media, a puertas cerradas y sin testigos; la segunda, en la tarde del mismo día, duró solo una media hora y la tercera, el día siguiente, tan confidencial como las dos primeras, fue más larga que ellas, pues se prolongó de la una a las cinco de la tarde.

El 28 de julio, el Protector comunicó al Libertador su retiro: en forma sigilosa, sin que nadie se diese cuenta, a través de una puerta excusada, San Martín se fue y nunca más se volverán a ver.¹⁶

14. Ivi, p. 563.

15. Ivi, p. 657.

16. El mismo San Martín dijo: «[...] tuve la satisfacción de abrazar al Héroe del Sud, fue uno de los días más felices de mi vida». Ivi, p. 625.



Este es el aspecto específicamente ‘externo’ de la entrevista, que se realizó sin la presencia de testigos; acerca de lo tratado en ellas solo se pueden tener referencias directas –escritas por los mismos actores– o indirectas, de los diversos testimonios de los allegados a ambos.

Lo que es cierto es que se trató de una pura formalidad: la autoridad y el prestigio de los dos ya había tenido la posibilidad de enfrentarse mucho antes del encuentro mismo, o sea cuando el puerto ecuatoriano había pasado a la soberanía colombiana.

Además, la condición social de los dos libertadores era muy diferente: Bolívar estaba en la cumbre de su autoridad político-militar, siendo jefe de una entidad estatal organizada y sometida a sus órdenes, mientras que San Martín se hallaba aislado por las luchas internas que seguían dividiendo a Argentina.

En una misiva al general Santander, vicepresidente en ejercicio de Colombia, el 22 de julio de 1822 –primera versión totalmente personal del Libertador acerca de la entrevista– Bolívar dice:

Antes de ayer por la noche partió de aquí el general San Martín después de una visita de treinta y seis o cuarenta horas: se puede llamar visita propiamente, porque no hemos hecho más que abrazarnos, conversar y despedirnos. Yo creo que él ha venido por asegurarse de nuestra amistad, para apoyarse con ella respecto a sus enemigos internos y externos. Lleva 1800 colombianos en su auxilio, fuera de haber recibido la baja de sus cuerpos por segunda vez, lo que nos ha costado más de 600 hombres: así recibirá el Perú 3000 hombres de refuerzo por lo menos. El Protector me ha ofrecido su eterna amistad hacia Colombia; intervenir a favor del arreglo de límites; no mezclarse en los negocios de Guayaquil; una federación completa y absoluta aunque no sea más que con Colombia, debiendo ser la residencia del Congreso de Guayaquil; ha convenido en mandar un diputado por el Perú a tratar, de mancomún con nosotros, los negocios de España con sus enviados; también ha recomendado a Mosquera a Chile y Buenos Aires, para que admitan la federación; desea que tengamos guarniciones cambiadas en uno y otro Estado. En fin, él desea que todo marche bajo el aspecto de la unión, porque conoce que no puede haber paz y tranquilidad sin ella. Dice que no quiere ser rey, pero que tampoco quiere la democracia y sí el que venga un príncipe de Europa a reinar en el Perú. Esto último ya creo que es proforma. Dice que se retirará a Mendoza, porque está cansado del mando y de sufrir a sus enemigos. No me ha dicho que trajera proyecto alguno, ni ha exigido nada de Colombia, pues las tropas que lleva estaban preparadas para el caso. Solo me ha empeñado mucho en el negocio de canje de



guarniciones; y, por su parte, no hay género de amistad ni de oferta que no me haya hecho.¹⁷

El historiador, ensayista y crítico literario ecuatoriano Alfonso Rumazo González, haciendo referencia a lo dicho por Bolívar, hace hincapié sobre el hecho de que el encuentro en cuestión fue sincero y amigable, y el coloquio se orientó hacia los proyectos integracionistas y, sobre todo, federativos.¹⁸

La importancia de la federación es patente sobre todo en la carta que Bolívar dirige a O'Higgins, casi seis meses antes:

De cuantas épocas señala la historia de las naciones americanas, ninguna es tan gloriosa como la presente, en que desprendimos los imperios del nuevo mundo, de las cadenas que desde el nuevo hemisferio les había echado la cruel España, han recobrado su libertad dándose una existencia nacional. Pero el gran día de la América no ha llegado. Hemos expulsado a nuestros opresores, roto las tablas de sus leyes tiránicas y fundado instituciones legítimas: más todavía nos falta poner el fundamento del pacto social que debe formar de este mundo una nación de repúblicas [...]. La asociación de los cinco grandes Estados de América es tan sublime en sí misma, que no dudo vendrá a ser motivo de asombro para la Europa.¹⁹

Tal vez la entrevista de Guayaquil fuera una ocasión perdida porque si todo el encuentro hubiera sido dedicado a la cuestión de la federación, muy probablemente el talante de San Martín habría sido diferente, así como lo evidencia Rumazo:

Quizá con ese espíritu empapado en lo grande llegó San Martín a El Callao-Lima el 20 de agosto, y se encontró con el golparrón de lo pequeño, de la política minúscula: la caída de su hombre de máxima confianza: el ministro Monteagudo, al que unos acusaban de ladrón, otros de déspota y tiránico; otros –cosa típica de un virreinato orgulloso– de mulato y hasta de homosexual. Sin ese apoyo, San Martín acentuó más en su conciencia la determinación de retirarse.²⁰

Es necesario recordar todo eso por la relevancia que alcanza la carta de San Martín a Bolívar del 29 de agosto de 1822 que, además

17. V. Lecuna, *La Entrevista de Guayaquil. Restablecimiento de la verdad histórica*, Publicaciones de la Academia Nacional de la Historia de Venezuela, Caracas, 1948, pp. 113-115.

18. Cfr. A. Rumazo González, *El general San Martín, en referencia a Bolívar*, Caracas, 1982, p. 172.

19. *C.d.L.*, vol. III, p. 181.

20. A. Rumazo González, *El general San Martín, en referencia a Bolívar*, cit., pp. 172-173.



de haber hecho discutir a muchos biógrafos e historiadores del Libertador —la misiva en cuestión, cuya autenticidad ha desatado una fuerte polémica, se conoce gracias a Gabriel Lafond de Lurcy,²¹ de nacionalidad francesa quien, después de la primera rendición del Callao, estuvo al servicio de la marina peruana— ha sido citada en italiano por el mismo Luigi Nascimbene:

Los resultados de nuestra entrevista no han sido los que me prometía para la pronta terminación de la guerra. Desgraciadamente, yo estoy íntimamente convencido o que no ha creído sincero mi ofrecimiento de servir bajo sus órdenes con las fuerzas de mi mando, o que mi persona le es embarazosa. Las razones que usted me expuso, de que su delicadeza no le permitiría jamás mandarme, y que, aun en el caso de que esta dificultad pudiese ser vencida, estaba seguro que el Congreso de Colombia no consentiría su separación de la república, permítame, general, le diga no me han parecido plausibles. La primera se refuta por sí misma. En cuanto a la segunda, estoy muy persuadido que la menor manifestación suya al Congreso sería acogida con unánime aprobación cuando se trata de finalizar la lucha en que estamos empeñados, con la cooperación de usted y del ejército de su mando: y que al alto honor de ponerle término refluirá tanto sobre usted como sobre la república que preside [...]. En fin, general, mi partido está irrevocablemente tomado; para el 20 del mes entrante he convocado el primer Congreso de Perú, y al día siguiente de su instalación me embarcaré para Chile convencido que mi presencia es el solo obstáculo que le impide a usted venir a Perú con el ejército de su mando; para mí hubiese sido el colmo de la felicidad terminar la guerra de la independencia bajo las órdenes de un general a quien la América del Sur debe su libertad. El destino lo dispone de otro modo y es preciso conformarse.²²

De estas palabras es posible deducir, pues, que San Martín reitera la opinión según la cual Bolívar debe bajar a Perú para acabar la guerra, mientras que él piensa retirarse de la escena política de aquel país para que el Libertador se sienta libre de intervenir. Además, San Martín vuelve a plantear la cuestión de Guayaquil, negando que la reunificación con Colombia hubiese estado subordinada a la voluntad del gobierno y del pueblo de la provincia, puesto que ellos solo habían estado consultados por conveniencia, como el mismo Libertador le había claramente admitido en la misiva:

21. La carta se encuentra en G. Lafond de Lurcy, *Voyages autour du monde et naufrages célèbres. Voyages dans les Amériques*, vol. II, París, 1844, p. 136.

22. S.A.M., ff. 1558-1560 y 1563-1564. En este caso, se cita la versión española de V. Lecuna, *Catálogo de errores y calumnias en la historia de Bolívar*, cit., pp. 320-321.



Yo no creo que Guayaquil tenga derecho a exigir de Colombia el permiso para expresar su voluntad, para incorporarse a la república; pero sí consultaré al pueblo de Guayaquil, porque este pueblo es digno de una ilimitada consideración de Colombia, y para que el mundo vea que no hay pueblo de Colombia que no quiera obedecer a sus sabias leyes.²³

Por lo que a la autenticidad de esta carta se refiere y que Nascimbene cita, nos sorprendemos ante el afán con el que muchos autores siguen teniéndola por apócrifa.

Existen tres posiciones acerca de la autenticidad de esta carta: una parte sostiene que es apócrifa, otra que es auténtica y la tercera postula que, a pesar de tener casi todas las características de ser auténtica, no se puede concluir que ella lo sea. Lo cierto es que no se encontró el manuscrito original, lo cual constituye uno de los argumentos entre los que le niegan su autenticidad.

Dentro del grupo de los que sostienen su veracidad, notamos que algunos historiadores la consideran un documento más del archivo de San Martín sin ninguna especial importancia, en tanto que otros ven en ella una pieza documental trascendental y de la cual no se debe ni puede prescindir, ya que no solo permite conocer pormenores de la entrevista, sino que, además, consiente captar en toda su grandeza el carácter extraordinario del personaje argentino.

Según los principales impugnadores –piénsese en Vicente Lecuna y Cristóbal L. Mendoza– el objetivo de la carta era desprestigiar a Bolívar, haciéndolo parecer presumido y ambicioso, y exaltar a San Martín, mostrándolo desinteresado y, así pues, bondadoso. Además, para estos historiadores es inexplicable que la misiva no se encuentre ni en el archivo de Bolívar, ni entre los papeles de San Martín.

No compartimos –claro está– el pensamiento según el cual la carta haya sido inventada de propósito; pues, el mismo San Martín, en una carta a O'Higgins del 25 de julio de 1822 lo hacía partícipe de su 'agotamiento político':

Estoy cansado de que me llamen tirano, que quiero ser rey, emperador y hasta demonio. Por otra parte, mi salud está muy deteriorada, la temperatura de este país me lleva a la tumba. En fin, mi juventud fue sacrificada al servicio de los españoles, y mi edad media, al de mi patria. Creo que tengo derecho a disponer de mi vejez.²⁴

23. *C.d.L.*, vol. III, p. 244.

24. *Archivo de San Martín*, vol. III, Buenos Aires, 1910, p. 110.



Además, el hecho de que el mismo Nascimbene la haya utilizado no solo nos indica que se trataba de una fuente muy conocida y difundida, sino también nos hace creer en la buena fe del capitán francés, incluso porque el historiador chileno Yrarrázaval Larraín²⁵ recuerda que el mismo San Martín dio una copia de la carta a Lafond, después de haber abandonado la escena política.

Del relato de Nascimbene, pues, es útil, además de interesante, destacar el comentario al Protector, como ‘monárquico pretextuoso’ que quería utilizar a los partidarios de la monarquía en función del diseño de la independencia:

Que el general San Martín fuera un monárquico constitucional, lo revela, además de otros muchos datos, la propuesta que hizo al virrey La Serna [...] de buscar a un príncipe en España, y que lo fuera incluso Bolívar dio no pocas pruebas a su carrera política. Y me asocio también a la opinión de todos aquellos que consideran que San Martín sabía perfectamente que el gobierno del rey jamás hubiera aceptado las propuestas que insinuaba al virrey. Los planes monárquicos de San Martín en realidad no eran sino una astucia suya para ganar prosélitos a su causa, tanto negros como patriotas; comprometiéndolo a aquellos e inoculando en estos los gérmenes de una monarquía limitada.²⁶

Por cierto, más allá de la aseveración de Nascimbene, San Martín era monárquico: en las Negociaciones de Punchuaca –que empezaron el 7 de julio de 1821 y que acabaron el 23 de julio del mismo año– por ejemplo, el Protector admitía por hipótesis una monarquía, fruto de la reconciliación entre España y Perú, para evitar que la guerra continuase sin un resultado cierto.

Pero, mientras Víctor Andrés Balaunde²⁷ resalta el hecho de que San Martín, en ese momento, se refería a la España de la deseada Constitución de Cádiz, que había vuelto a crear las condiciones para que se pudiese pensar en un acercamiento político entre las colonias y la madre patria, Nascimbene nos da otra lectura: según él, San Martín estaba muy bien enterado de que el partido monárquico tuviese

25. Cfr. J. M. Yrarrázaval Larraín, *San Martín y sus enigmas*, Santiago de Chile, 1948, p. 289.

26. S.A.M., ff. 1568-1569.

27. Balaunde sintetiza muy bien el pensamiento político del Protector, como siempre favorable a la libre determinación de los pueblos, por lo que a la elección de su nacionalidad y de la Constitución a adoptar se refiere, pero, al mismo tiempo, el caso de Perú fue diferente, porque la derrota total de los españoles indujo a San Martín a unificar la autoridad civil y militar bajo su mando, garantizando –claro está– la independencia del poder suicida, considerándolo «la única y verdadera salvaguardia de la libertad de los pueblos». Cfr. V. A. Balaunde, *Bolívar y el pensamiento político de la revolución ispanoamericana*, Caracas, 1974, pp. 171-176.



mucha fuerza en Perú, por lo tanto la idea de adoptar una monarquía independiente con un príncipe de la familia real, habría podido alejar el virrey mientras que la guerra, con su posible vacilante resultado, hubiera podido inclinarse a su favor.

El mismo Bolívar estaba convencido de que la opción monárquica de San Martín no tenía bases muy hondas y –coincidiendo con Nascimbene– solo se trataba de una artimaña política: «Dice que no quiere ser rey, pero tampoco quiere la democracia, y sí el que venga un príncipe de Europa a reinar en Perú. Esto último yo creo que es proforma».²⁸

No coincidimos, sin embargo, con nuestro historiador de Pavía por lo que a la hipótesis de ‘Bolívar monárquico’ se refiere: antes que todo, el Libertador siempre se ha expresado de manera muy clara en el debate ‘monarquía-república’ y su opción republicana siempre se ha destacado –de manera inequívocable– desde la Carta de Jamaica hasta la última proclama a los colombianos del 24 de enero de 1830.²⁹

Es más, para dar crédito a su tesis, Nascimbene –así como De Madariaga– hace hincapié sobre la opción constitucional boliviana a favor de la presidencia vitalicia y hereditaria, no teniendo bastante en cuenta que Bolívar fue siempre muy duro hacia las soluciones institucionales monárquicas.

Es suficiente pensar en la carta dirigida a Sucre fechada el 9 de noviembre de 1824 sobre una eventual monarquía regida por un príncipe extranjero:

La Santa Alianza no omite medio alguno, por más criminal, por más vedado que parezca, para perturbar el orden en América, para sembrar la discordia, para fomentar partidos y disensiones; por último para arruinar la obra que tanta sangre y tantos sacrificios han costado a los amantes de la libertad e independencia. Restituir la América al antiguo y vergonzoso estado de colonias españolas; o cuando menos levantar en ella tronos a las personas de su elección, tales son decidida y obstinadamente las miras de la Liga Santa.³⁰

Algunos meses antes de que muriera, el Libertador escribió a O’Leary:

28. *C.d.L.*, vol. III, p. 263.

29. A este propósito, véanse A. Scocozza, *Le idee costituzionali di Simón Bolívar y Dalla democrazia costituzionale al presidenzialismo autocratico: saggio sui poteri dello Stato nelle costituzioni bolivariiane*, en «Atti dell’Accademia di Scienze Morali e Politiche», Nápoles, 1978-1983, pp. 217-236 y 374-376.

30. *C.d.L.*, vol. IV, p. 186.



Yo no concibo que sea posible siquiera establecer un reino en un país que es constitutivamente democrático, porque las clases inferiores y las más numerosas reclaman esta prerrogativa con derechos incontestables, pues la igualdad legales indispensable donde hay desigualdad física, para corregir en cierto modo la injusticia que da la naturaleza. Además, ¿quién puede ser rey en Colombia? Nadie, a mi parecer, porque ningún príncipe extranjero admitiría un trono rodeado de peligros y miserias; y los generales tendrían a menos someterse a un compañero y renunciar para siempre a la autoridad suprema. El pueblo se espantaría con esa novedad y se juzgaría perdido por la serie de consecuencias que deduciría de la estructura y base de este gobierno [...]. La pobreza del país no permite la erección de un gobierno fastuoso y que consagra todos los abusos del lujo y la disipación. La nueva nobleza, indispensable en una monarquía, saldría de la masa del pueblo con todos los celos de una parte y toda la altanería de la otra. Nadie sufriría sin impaciencia esta miserable aristocracia cubierta de pobreza e ignorancia y animada de pretensiones ridículas [...]. No hablemos más, por consiguiente, de esta quimera.³¹

Por lo que a las campañas de Perú se refiere, según Nascimbene el Protector se despreocupó del país, hasta deseó su debilidad, porque de esa manera podía llegar al encuentro de Guayaquil con más fuerza para imponer su opción monárquica, lo cual llevó el ejército libertador a las derrotas de Ica y Moquegua:

Ocupada Lima y acercándosele triunfante el Libertador de Colombia, San Martín se encontró situado entre un enemigo todavía imponente y un rival cada día más fuerte. El general argentino se propuso atraer hacia sí a este último y contener el avance del primero con el fin de poner a ambos al servicio de sus metas monárquicas.³²

Considerando que el ejército realista era similar en número al de las fuerzas libertadoras, que el Protector no llevó al enemigo a la batalla definitiva sino que pidió la intervención de Bolívar con el ejército colombiano en Perú y que no ayudó a Bolívar concretamente, sino que solo envió la división de Santa Cruz, Nascimbene llega a la conclusión de que la entrevista de Guayaquil no fue preparada por el Protector con la única intención que debía tener,

31. Ivi, vol. VII, pp. 312-313.

32. S.A.M., ff. 1569-1570.



Por lo tanto, todo lo que expresa la carta de San Martín [narrando el encuentro] no constituye sino asuntos que debían ser previos a la misma conferencia; y desde luego no revela el verdadero interés que la misma ha concitado; es decir, no una verdadera suprema razón de Estado, la razón americana, que desde luego no consistía en la ocupación de Guayaquil, ni en la petición de refuerzos militares colombianos, ni en la elección del comandante, sino más bien en la búsqueda de un acuerdo institucional y la forma orgánica que debía asumir el continente americano.³³

Según el historiador lombardo, ambos libertadores tuvieron la culpa: Bolívar no se afaná mucho de utilizar el encuentro de Guayaquil para resolver la dudosa y ambigua situación en la que se hallaba América Latina, mientras que San Martín no supo frenar la ambición del primero ni participar de su gloria:

San Martín se había persuadido, y aquí radica su gran error, de que encontraría un Lépido y, en cambio, en Bolívar topó con un César.³⁴ [...] quitado del medio el ejército de España hubiera sido aplastado por debajo de la línea del ecuador, y los libertadores de América hubieran sido dos. Y una eterna línea celestial hubiera marcado, sobre el mismo suelo americano, el límite divisorio entre los dos libertadores de América, habría, digo, trazado la frontera a la ambición del conquistador colombiano.³⁵

Bolívar, en particular, es presentado por Nascimbene como nada más que un ‘dictador’ en los acontecimientos históricos que condujeron a la creación de las repúblicas independientes de Bolivia y Perú.

En ese ambiente oscuro y atormentado —«El gobierno y el Congreso de Lima estaban compuestos por hombres inexpertos, vacilantes, dudosos, y muchos de ellos incluso de fe incierta [...]»³⁶— Bolívar aparece como ambicioso y, al mismo tiempo, ambiguo, en total contraposición con su fiel brazo derecho Sucre, quien le allana el camino dejándole al Libertador la gloria popular,³⁷ fingiendo querer despojarse del poder para entregárselo solo en apariencia al pueblo, protagonista ‘escenográfico’ de las vicisitudes narradas por Nascimbene:

33. Ivi, f. 1579.

34. Ivi, f. 1581.

35. Ivi, f. 1584.

36. Ivi, f. 1659.

37. Ivi, f. 1678.



Así, el Libertador advirtió con desdén a los diputados del nuevo Congreso que no osaran manifestar opiniones divergentes a las suyas sin consultarle, y pareciéndole la independencia de estos señores como una inaudita arrogancia, dio una orden específica a cada uno de ellos para que sometieran la autonomía de sus poderes al examen del Supremo Tribunal de Justicia, a lo cual los diputados del pueblo respondieron decidida e imperturbablemente que ese dictamen correspondía a la Cámara reunida. Tal respuesta irritó el espíritu fiero de Bolívar quien con gran estrépito declaró que abandonaría Perú, ante cuya declaración sus seguidores suplicaron que permaneciera, prefiriendo que en lugar suyo se fueran los Padres de la Patria, a lo que Bolívar condescendió fácilmente y envió a los diputados a sus casas.³⁸

Lo contado por nuestro historiador lombardo se destaca por llegar a resultados contradictorios pero, paradójicamente, esta incongruencia delata toda la magnitud épica de las revoluciones para la independencia, que lograron cambiar no solo el destino, sino también la vida política del continente americano.

Aunque no de forma consciente o explícita, Nascimbene anticipa un juicio historiográfico y político-ideológico que adquiere un relieve muy importante si se enmarca en su vida y circunstancia histórica, muy cercana a los asuntos que cuenta.

La ambigüedad y la contradictoriedad de sus frágiles juicios, por lo tanto, no pueden de ninguna manera alterar las coordenadas históricas dentro de las cuales se desarrolló la epopeya de estos dos libertadores.

Transcripción y traducción de algunas páginas del manuscrito por el autor

- Desde el manuscrito de Luigi Nascimbene, *Storia dell'America Meridionale*, tomo III, Fondo Nascimbene, Biblioteca Central de la Universidad de Pavía. (Al día de hoy el manuscrito es inédito en italiano y en español)

[f. 1557] **Excmo. Señor Libertador de Colombia, Simón Bolívar.**

Lima, 29 de agosto de 1822.

Querido General. Dije a usted en mi última, de 23 del corriente, que habiendo reasumido el mando supremo de [f. 1558] esta república con el fin de separar de él al débil e inepto Torre-Tagle, las atenciones que me rodeaban en aquel momento no me permitían escribirle con la extensión que deseaba; ahora al hacerlo,

38. Ivi, ff. 1835-1836.



no solo lo haré con la franqueza de mi carácter, sino con la que exigen los grandes intereses de América.

Los resultados de nuestra entrevista no han sido los que me prometía para la pronta terminación de la guerra. Desgraciadamente, yo estoy íntimamente convencido, [f. 1559] o que no ha creído sincero mi ofrecimiento de servir bajo sus órdenes con las fuerzas de mi mando, o que mi persona le es embarazosa. Las razones que usted me expuso, de que su delicadez no le permitiría jamás mandarme, y que, aún en el caso de que esta dificultad pudiese ser vencida, de que estaba seguro que el Congreso de Colombia no consentiría su separación de la República, permítame general, le diga no me han parecido plausibles. La primera se refuta por sí misma. En cuanto a la segunda, estoy muy [f. 1560] persuadido, que la menor manifestación suya al Congreso sería acogida con unánime aprobación por tratarse de finalizar la lucha en que estamos empeñados, con la cooperación de usted y la del ejército a su mando; y que el alto honor de ponerle término redundará tanto sobre usted como sobre la república que preside.

No se haga ilusión, General. Las noticias que tiene de las fuerzas realistas son equivocadas; ellas montan en el Alto y Bajo Perú a más de 19.000 [f. 1561] veteranos, que pueden reunirse en el espacio de dos meses. El ejército patriota, diezmado por las enfermedades, no podrá poner en línea de batalla sino 8500 hombres, y de éstos, una gran parte reclutas. La división del general Santa Cruz (cuyas bajas según me escribe este general, no han sido reemplazadas a pesar de sus reclamaciones) en su dilatada marcha por tierra, debe experimentar una pérdida considerable, y nada podrá emprender en la presente campaña. La división de 1.400 [f. 1562] colombianos que usted envía será necesaria para mantener la guarnición del Callao y del orden de Lima. Por consiguiente, sin el apoyo del ejército de su mando, la operación que se prepara por puertos intermedios no podrá conseguir las ventajas que deberían esperarse si fuerzas poderosas no llamaran la atención del enemigo por otra parte, y así la lucha se prolongaría por un tiempo indefinido. Digo indefinido porque estoy íntimamente convencido, que sean cuales fueran las vicisitudes de la [f. 1563] presente guerra, la independencia de América es irrevocable; pero también lo estoy, de que su prolongación causará la ruina de sus pueblos, y es un deber sagrado para los hombres a quienes están confiados sus destinos, evitar la continuación de tantos males. En fin, general; mi partido está irrevocablemente tomado. Para el 20 del mes entrante he convocado el primer congreso del Perú, y al día siguiente de su instalación me embarcaré para Chile, convencido de que mi [f. 1564] presencia es el único obstáculo que le impide a usted venir al Perú con el ejército de su mando. Para mí hubiese sido el sumo de la felicidad terminar la guerra de la independencia bajo las órdenes de un general a quien la América debe su libertad. El destino lo dispone de otro modo, y es preciso conformarse.

No dudando que después de mi salida del Perú, el gobierno que se establezca reclamará la activa cooperación de Colombia, y que usted no podrá negarse a tan justa exigencia, remitiré a usted una nota de todos los [f. 1565] jefes cuya conducta militar y privada puede serle útil a usted conocer. .



El general Arenales quedará encargado del mando de las fuerzas argentinas. Su honradez, coraje y conocimientos, estoy seguro lo harán acreedor a que usted le dispense toda consideración.

Nada diré a usted sobre la incorporación de Guayaquil a la República de Colombia. Permítame, general, que le diga, que creí que no era a nosotros a quienes correspondía decidir [f. 1566] este importante asunto. Concluida la guerra, los gobiernos respectivos lo habrían decidido, sin los inconvenientes que en el día pueden resultar a los intereses de los nuevos estados de Sudamérica.

He hablado a usted, general, con franqueza, pero los sentimientos que encierra esta carta, quedarán sepultados en el más profundo silencio; si llegasen a traslucirse, los enemigos de nuestra libertad podrían prevalecerse para perjudicarla y los intrigantes y ambiciosos para soplar la discordia.

[f. 1567] Con el comandante Delgado, dador de esta, remito a usted una escopeta y un par de pistolas junto con un caballo de paso que le ofrecí en Guayaquil. Admita usted, general, esta memoria del primero de sus admiradores. Con estos sentimientos y con el deseo de que sea únicamente usted quien tenga la gloria de terminar la guerra de la independencia de América del Sur, se repite su afectísimo servidor.

José de San Martín.

[f. 1568] Que el general San Martín fuera un monárquico constitucional, lo revela, además de otros muchos datos, la propuesta que hizo al virrey La Serna, antes mencionada, de buscar a un príncipe en España, y que lo fuera incluso Bolívar lo demostró claramente en su carrera política. Y me asocio también a la opinión de todos aquellos que consideran que San Martín sabía perfectamente que el [f. 1569] gobierno del rey jamás hubiera aceptado las propuestas que insinuaba al virrey. Los planes monárquicos de San Martín, en realidad, no eran sino una astucia suya para ganar prosélitos a su causa, tanto negros como patriotas; comprometidos e inoculando en estos los gérmenes de una monarquía limitada.

Ocupada Lima y acercándosele triunfante el Libertador de Colombia, San Martín se encontró entre un enemigo todavía imponente y un rival [f. 1570] cada día más fuerte. El general argentino se propuso atraer hacia sí a este último y contener el avance del primero con el fin de poner a ambos al servicio de sus objetivos monárquicos. Acometido por este pensamiento, que se le agigantaba, se propuso conseguir una entrevista con el general colombiano para satisfacer los objetivos de ambos. Por ese motivo fue muy bien arreglado el armamento de la nación peruana; y como la planeada entrevista se hacía esperar, la disciplina de las tropas, acuarteladas en un lugar de delicias se relajó y los desastres de Ica [f. 1571] dan un deplorable testimonio; por lo tanto mientras el ejército republicano se debilitaba, las tropas realistas se vigorizaban con maniobras militares de campo; y la culpable inacción de San Martín se volvía un acto de ofensa nacional, porque sus intereses monárquicos lo distraían de armar la nación a fin de que no adquiriera conciencia de sus fuerzas: consecuencia relacionada con la conciencia de su propia soberanía.



De hecho, paga por su [f. 1572] debilidad: va a Guayaquil, y se le asoma del litoral la repugnante visión de la bandera colombiana sobre las torres de la ciudad; y se percata que había sido precedido.

La carta que dirigió a Bolívar, aquí exhibida, es una superficialidad por un lado y una exageración por el otro; por una parte es vileza por otra mentira. Las fuerzas enemigas cuyo contingente hemos presentado antes, por la guerra y las muchas deserciones, que hemos dado [f. 1573] a conocer, a lo sumo cuentan de doce a quince mil, las cuales de otras tantas peruanas-chilenas-argentinas podrían ser rechazadas, así que no es cierto que pudiese gozar de alrededor de ocho mil quinientos hombres y, aún más, entre estos una gran parte de reclutas. En el ejército mixto había un exceso de oficialidades, de modo que al llegar las nuevas tropas podía contar con una oficialidad veterana expertísima y fuerte y [f. 1574] San Martín ciertamente no lo desconocía; ni podía asimismo generar tal pusilanimidad en su ejército. Las desventuras de Ica echan la culpa al jefe del generalísimo: si hubiese acrecentado su ejército y hubiese acampado en las fronteras, no habría sufrido tan grandes pérdidas. Por consiguiente, por tales miras indirectas San Martín, descuidada la aglomeración de mayores fuerzas peruanas, solicitó al Libertador la intervención de la armada colombiana y se puso bajo su mando; y eso pasó sin previo mandato de la nación peruana y del ejército mixto ofendiendo a la una y al otro; y, para comprometer a [f. 1575] Bolívar a eso le había proporcionado el auxilio de la división de Santa Cruz que compartió los laureles en Quito como ya dijimos, y que el Libertador no pareció agradecer como si se los hubiera arrancados de su mismo frente.

Mas lo que sobre todo afectó al general San Martín, hasta casi poner en riesgo la hazaña, fue la orden demasiado circunspecta, más aún, pusilánime que hizo llegar al general Arenales, por segunda vez vencedor, [f. 1576] en lugar de enviarle rápida y diligentemente los auxilios de los que podía disponer para animarlo a preservar aquella conquista tan importante, de cuya conservación dependía la ruina total del enemigo. Y eso estaba bien claro ya que, apremiado con su ardua retirada hacia la montaña y con más gallardía ahuyentado hacia la otra bajada por fuerzas preparadas y listas para la lucha, el cansado y desolado enemigo quedaba perdido. Más adelante veremos, cómo después de un andar fatigoso, incierta la pugna, lo cierto fue recuperado. Otro fue, sin embargo, [f. 1577] el vencedor; y las consecuencias que derivaron del cambio para la patria de San Martín fueron bastante desagradables como, cuando sea el momento, haremos notar mejor.

Bolívar era de estatura menos que mediana, tenía el espíritu altivo y era soberbio; y una mirada aviesa aumentaba la incertidumbre en quien lo interpelaba, porque nunca miraba a un hombre a la cara. No solo era circunspecto, sino también falso, y sacaba del [f. 1578] discurso a su favor todo lo que le pudiese ser más útil, por lo cual ocurría que cuando quería negarse a contestar a lo que se le preguntaba, solía pronunciar alocuciones que despidiéndose o despidiendo a los solicitantes, nada les permitía deducir. Orgullosa y desdeñosa con los jefes militares, complaciente con los soldados, tratando mejor a quienes entre estos



eran forasteros; en él se entreveía el hombre de educación atormentada: tenía un ilimitado afán de dominio, si bien fuese tan pródigo con su dinero como en las hazañas militares, es el primero entre los americanos.

[f. 1579] Por lo tanto, todo lo que expresa la carta de San Martín solamente constituyen asuntos que debían ser previos a la misma conferencia; y desde luego no revela el verdadero interés que la misma ha concitado; es decir, no una verdadera suprema razón de Estado, la razón americana, que desde luego no consistía en la ocupación de Guayaquil, ni en la petición de refuerzos militares colombianos, ni en la elección del comandante, sino más bien en la búsqueda de un acuerdo institucional y la forma orgánica que debía asumir el continente americano.

[f. 1580] ¿Acaso se podían esconder estos dos grandes campeones quienes custodiaban en sus manos los destinos americanos?, ¿cuál habría sido el resultado imprevisto?, ¿que el poder de España hubiera fracasado para siempre en América? Queriendo San Martín, antes de seguir adelante con las armas, que la nación estuviese consciente de su fuerza, no quiso circunscribir ni compartir la ambición de Bolívar. Si eso no hubiera ocurrido habría armado a su mismo contendiente [f. 1581] para hacer frente al enemigo común. Y lo que hizo con pobres provincias demuestra lo que San Martín hubiera sido capaz de hacer con el gran Perú. Mas San Martín se había persuadido, y aquí radica su gran error, de que encontraría un Lépido y, en cambio, en Bolívar topó con un César. No se discutía de Guayaquil. La bella matrona de los dos enamorados era [f. 1582] Lima, la ciudad de los reyes. San Martín se dio cuenta, pero ya era tarde, que no en Guayaquil sino en Cuzco habría podido lograr su propósito: ya se dio cuenta de eso, repito, durante los preliminares de la conferencia e intentó velar el verdadero fin; pero el colombiano astuto se percató y la argentina agudeza fue vencida: fue una necesidad, fingirse un Washington. San Martín había trabajado un largo año contra su propósito; ¡qué año precioso fue! Si él no hubiera detenido a Perú a mitad del camino, el Protector y el Libertador [f. 1583] habrían partido la diferencia de igual a igual. Pero el general argentino en un año inactivo dio demasiado paso a su rival colombiano para luego poderlo tratar de igual a igual. Para lograr su proyecto, tal vez San Martín hubiera obtenido mayores y más útiles oportunidades si hubiera adoptado otro plan operativo. Si, en lugar de socorrer al ejército de Bolívar enviándole la división de Santa Cruz, hubiera libertado a las regiones de la Sierra que le pertenecían, y de ahí hubiera proseguido con fuerzas poderosas ahuyentando al ejército realista hacia las provincias del Norte, hacia [f. 1584] el ejército colombiano, que se hallaba en el Norte hacia el Ecuador. De manera que, quitado del medio el ejército de España hubiera sido aplastado por debajo de la línea del ecuador, y los libertadores de América habrían sido dos. Y una eterna línea celestial hubiera marcado, sobre el mismo suelo americano, el límite divisorio entre los dos libertadores de América, habría, digo, trazado la frontera a la ambición del conquistador colombiano. Pero, lo repetimos otra vez, San Martín puso a sí mismo y a Perú al arbitrio de Bolívar, quien aprovechó la ocasión: San Martín tuvo que dar marcha atrás respecto de la posición engañosa en la que se había metido; Perú quería vivir; pero fue invadido, luego [f. 1585] mutilado.



El Congreso nacional peruano profesó toda devoción hacia el general San Martín y, para demostrarle su gratitud, estableció que el general San Martín pudiese emplear el título de Fundador de la libertad de Perú, hacer uso de la faja bicolor, distintivo del Jefe supremo del Estado, que en todo el territorio de la república se le otorgaran honores similares a los que se tributaban al supremo poder ejecutivo; que se le erigiera un monumento; y que se le diera una pensión vitalicia de 20000 columnados [...].

[f. 1652] Todos aquellos desastres, aquellas derrotas y pérdidas de las armas patrias en el Alto Perú parecían llegar a Lima detrás del Libertador Bolívar, quien [f. 1653] conseguido el beneplácito del Congreso colombiano, dejó al general Santander como vicepresidente de la república en Bogotá, zarpó de Guayaquil y atracó en el Callao, ingresando solemnemente en Lima el primero de septiembre de este año, mes de toda desgracia en el Alto Perú. Su llegada fue muy celebrada y muy pronto fue investido de supremos poderes políticos y militares.

En aquel momento, además de existir dos partidos en Perú, en cada uno se estaba produciendo un cisma, el viceregal al igual que el republicano [f. 1654] estaban desunidos. Ya dijimos que cuando el general Sucre asumió el supremo poder de Callao hizo partir al Presidente Riva-Agüero con el Congreso para Trujillo y evacuar Lima de Canterac, y una vez que partió Sucre, el Marqués de Torre-Tagle hacía las veces de este último. Riva-Agüero no solo se armó contra su rival Torre-Tagle, sino también hasta quería oponerse a los colombianos y al Libertador Bolívar; por eso había reclutado a más de 3000 hombres en las provincias [f. 1655] del Norte y alarmaba al pueblo peruano. En los alrededores de Lima Bolívar tenía un ejército de 7000 combatientes, en su mayoría colombianos y esperaba nuevas tropas de Guayaquil y Panamá. Después de haber arreglado a la buena de Dios los asuntos en Lima y promulgado un estatuto, una especie de constitución, se puso a la cabeza del ejército. Se esforzó mucho para que Riva-Agüero desistiera de su proyecto; no lográndolo y siendo las noticias procedentes [f. 1656] de las provincias del Sur tan siniestras, se cuenta que estuvo a punto de volver a Colombia. En fin el coronel La Fuente resolvió la cuestión interna: se llevó a Riva-Agüero y se marchó con las fuerzas para unirse a Bolívar, por lo cual faltó poco para que Torre-Tagle no lo hiciera fusilar; en fin obtuvo el bando. Arreglado este asunto, el gobierno se dedicó a satisfacer los antojos del Libertador, quien elaboró un sistema totalmente militar y materializó las esperanzas de la nación.

[f. 1657] Un accidente imprevisto vino a entristecer los espíritus de los peruanos y a manchar con una salpicadura de ácido imborrable una página de la sagrada causa americana. Era una costumbre antigua y notoria que las tropas hispanas en las guerras precedentes se amotinaron culpablemente por dinero, y siendo consentidas las sublevaciones se repetían perpetuando de esa manera el mal hasta llegar a ser crónico. Los hijos de las infectas entrañas maternas llevaban aquella infección y las generaciones siguientes y el cruce de nuevas razas de nada sirvieron para extirparlas.



[f. 1658] La guarnición del fuerte de Callao, demasiado descuidada y el gobierno excesivamente cargado de gastos perennes, llevaban esperando muchas pagas vencidas. Molestados pues algunos soldados, cansados otros por las interminables fatigas, otros consumidos por el deseo de volver a ver sus países, y sin medios para satisfacer una cualquiera de esas necesidades, había una tal mayoría de descontentos entre ellos que desgraciadamente se volvió tan patente su tumulto hasta no poder detenerlo los oficiales. Es más, habiendo sucumbido algunos de ellos, [f. 1659] a los demás no les quedó otro remedio sino disimular, y algunos se dejaron llevar por la turbia corriente. Empezó con el apresamiento de un sargento del gobernador general Alvarado y de los oficiales de la guarnición, los sublevados reclamaban sus pagas vencidas y ser trasladados a Chile y Buenos Aires, sus pueblos nativos.

El gobierno y el Congreso de Lima estaban compuestos por hombres inexpertos, vacilantes, dudosos, y muchos de ellos incluso de fe incierta. El valeroso general argentino Correa inició negociaciones entre el gobierno y los amotinados y, para [f. 1660] decirlo francamente, las pretensiones de la guarnición tenían un fondo de razón y de justicia, si bien su proceder fuera escandaloso. Pero el gobernador nada hizo en pro de la justicia y nada para evitar el escándalo. Nada consiguió el afán del interpuesto general Correa. Del inútil gobernador no pudo obtener ninguna concesión, habiéndose este puesto en una situación de obstinada oposición, tan indecorosa como mezquina. Y eso que no se trataba de una suma imposible de satisfacer. El gobierno fácilmente hubiera podido conseguirla sin [f. 1661] mucha dificultad. Pasados tres días de inútiles reuniones, los soldados decidieron liberar al coronel Casariego, considerado un prisionero de guerra por los realistas y lo eligieron como su jefe. Pasaron otros ocho días y nada pasó: apareció la bandera española por encima de las torres de El Callao: en Lima había indiferencia, más aún: imbecilidad. Casariego solicita el apoyo de Canterac y, después de un mes de deplorables negocios, llega el general Manet. Los realistas se apropiaron de los fuertes del Callao dejándoles como prisioneros de guerra a todos los valientes oficiales liberales.

[f. 1662] Dentro de poco veremos cómo entre los gobernantes limeños algunos eran perversos y otros débiles. Mientras tanto lo mejor que hicieron fue permitir invistiendo un dictador de cualquier poder antes propio, esto es, al general Bolívar. De esa manera acababan todas las diferencias entre los dos poderes, el legislativo y el ejecutivo que, desconociendo los límites de sus respectivas jurisdicciones, habían paralizado la marcha de los negocios nacionales, con tal de casi que perjudicarla salvación.

[f. 1663] Bolívar recibió el alto honor de la dictadura, en sus acuartelamientos de Huorvas, cuartel general en Cascamarca, donde por medio de increíbles esfuerzos se hallaba encabezando un ejército de 10000 soldados, 6000 colombianos y 4000 peruanos.

«El fundador de una república es un déspota» es un dicho antiguo aplicable al presente. Y aunque Bolívar no se inmiscuía en la república peruana, por lo



menos para aquel entonces el asunto era claro; dado que los [f. 1664] fuertes del Callao habían sido conquistados, la capital estaba lista para la invasión de un fuerte futuro enemigo, y el partido de Riva-Agüero seguía teniendo sus prosélitos en el campo en que iban a enfrentarse con los realistas: solo dos o tres escuadrones de caballería fueron acuartelados en Cañete y en Huacho con su jefe; en la otra parte el mismo presidente Torre-Tagle, el ministro de la guerra, el general conde de San Donas, el general Pantocarnero, y muchos otros oficiales de cualquier rango se fueron con los realistas. Además, estas personas actuaban como veletas: de los realistas [f. 1665] se fueron a apoyar a los republicanos; y si habían enturbiado las aguas era mejor que las aclararan [...].

[f. 1675] En julio de este año salió de los campamentos dirigiéndose hacia la Cordillera el ejército de los americanos con 10000 hombres, encabezado por el mismo dictador Bolívar, quien lo dividió de esa manera. Marchaban en columnas [f. 1676] de infantería: dos colombianas en las que mandaban los generales Lara y Córdova, la tercera de peruanos capitaneada por el general La Mar. El general Miller mandaba en la caballería peruana y el coronel Carajal en la colombiana; y el coronel Bruiz encabezaba a los granaderos a caballo de Buenos Aires y todo el mundo obedecía al anciano general Necochea. Cada División tenía un jefe de estado mayor; y el general Sucre lo era de todo el ejército, lo suficientemente bien equipado y armado y además regularmente pagado. Al Dictador le acompañaba el doctor Sánchez [f. 1677] Carrión como ministro general de los asuntos de Perú. Cabeza de la marcha era el mismo general Sucre, quien en esa ocasión patentizó que su inteligencia era apropiada a la hazaña, proveyendo tanto a lo más dificultoso como a lo más insignificante, pasando por objetos tan variados del extremo más alto al opuesto más ínfimo con una tranquilidad imperturbable. La falta de leña, que fue necesario [f. 1678] sufragar con una especie de turba, la escasez de caballos que eran tan caros que costaban 150 columnados cada uno, cuya mayoría eran chilenos, sustraídos a los realistas o de cualquier otra manera aquí llegados (estos caballos fueron herrados a las cuatro patas, un trabajo muy notable en América en aquellos tiempos), las grandes dificultades que presenta aquella extensa, elevada y asperísima Cordillera, el clima tan diferente encima de aquellas montañas respecto del de [f. 1679] abajo de aquellos países ecuatoriales: me pareció que aquellas milicias sufrían mucho, lo que, por si no fuera suficiente, también eran víctima de las enfermedades; y teniendo aquí una más intensa dificultad en la respiración respecto de la Cordillera de Chile, todo eso daba a entender que el pasaje de los Andes peruanos fue más dificultoso que el chileno: sin embargo, ¡San Martín anticipó a Bolívar!

El general Sucre se adelantó para mostrar el camino; cuestión muy difícil y atormentada; y de vez en cuando para erigir cabañas para las necesidades más apremiantes, dado que la mayoría estaba obligada a pasar la noche a la intemperie, sufriendo la inclemencia del frío y de las nevadas: y eso que esas fatigas no eran ligeras para gente acostumbrada a las cálidas regiones ecuatoriales. Añádase a eso que cada soldado de caballería montaba una mula llevándose detrás un



caballo que solo cabalgaba presentándose la ocasión de la batalla. Y como el dictador había encomendado a sus soldados a los poseedores de caballos, estaban muy [f. 1681] acosados por cuidarlos: por lo noche, pues, los abrigan con mantas, de ahí que algunos murieron, es más estaban metidos en carnes [...].

[f. 1793] En aquel tiempo el general Bolívar se había apostado con fuerzas reducidas en la ruta de Lima y había establecido su acuartelamiento en Chancay, esperando eventos que le producían muchas dudas en su mente. Los esperados auxilios de Colombia no llegaban; el terrible enemigo lograba controlar el ejército de los Andes y la capital estaba a la merced de los satélites del cruel Rodil, que del Callao perjudicaban aquella desdichada ciudadanía, [f. 1794] convertida en blanco de facciones descontroladas. Disponiendo de tan pocas fuerzas ocurría que la ciudad pertenecía en igual medida a la una y a la otra, es decir, a ninguna. De ahí que, en ella, en un momento dado dominaban los realistas, quienes luego la abandonaban al sobrevenir las fuerzas patrióticas, las cuales no eran nada más que masas de montañeros que se dirigían hacia ella para detenerse en el momento en el que la parte realista, sabedora de su debilidad, no la volvía a conquistar. De esta manera continúan en Lima los odios, las vejaciones, los saqueos, [f. 1795] los registros, los encarcelamientos y las muertes, durante todo este tiempo.

Por lo que al mar se refería, la escuadra de los patriotas seguía siendo superior a la española. El intrépido almirante Guise, que asediaba el Callao con una fragata, una corbeta, un bergantín y una goleta, se atrevió a afrontar las sobrevenidas fuerzas hispanas comandadas por el ruin comandante Guruceta formadas por el navío Asia de 74 cañones, por una corbeta y por dos bergantines equipados sobremanera.

[f. 1796] El combate duró de seis a siete horas, arrogándose una y otra la victoria. Sin perder barcos y sin muchas muertes ambas volvían a sus anteriores amarres. Después de algunos días, el almirante español levó anclas todavía con las mismas fuerzas; y Guise lo persiguió por dos días y una noche, siempre cañoneándolo, este desaparecido volvió de nuevo a asediar el Callao. Esta era la situación por este lado, cuando la noticia de la victoria de Ayacucho, y de los memorables acontecimientos siguientes, [f. 1797] recogió sus grandes alas sobre las torres doradas de Lima, asustando a los realistas y exultando los patriotas. Llegaron luego 1500 hombres de Colombia: y con estos y con otros tantos peruanos el general Salom cerró rigurosas filas alrededor de los fuertes de El Callao; librando así Lima de las crueldades que los realistas perpetraban en ella. El asedio y el bloqueo de El Callao duró hasta los primeros días del año 1826 sin que nunca las guarniciones obtuviesen alguna ayuda de afuera. El general Rodil resistió a los ataques de los patriotas, así como al fuego que se le dirigía [f. 1798] simultáneamente desde los barcos y las baterías del litoral; y se opuso a los ataques de los de afuera con gran firmeza. Toda propuesta que se le hizo para que se rindiera fue vana, rechazando cualquier mando que no procediera de los realistas. Los asediadores y los asediados sufrieron mucho. Al final casi todos los asediados murieron por guerra, hambre y torturas de fiebres pestilenciales ocasionadas por la miseria; el cruel general



Rodil logró de los generosos patriotas una honorable capitulación, a consecuencia de la cual Rodil se embarcó en el Britan, fragata inglesa.

[f. 1799] Si la extrema resistencia se debe considerar gloria militar no cabe ninguna duda que el general Rodil estuvo por encima de cualquier encomio pero, si esta extrema resistencia no tiene ninguna otra finalidad sino la gloria militar, se trata de una finalidad reprobable de gloria brutal. De hecho, ¿qué hubiera podido esperar el general Rodil, única reliquia de las aniquiladas fuerzas realistas, si toda América estaba perdida, sin fuerzas [f. 1800] hispanas ni por mar ni por tierra, sin ninguna ayuda atendible, no pudiendo España en aquel entonces abastecerla de ninguna manera? En este caso el valor guerrero se vuelve crueldad, y la obstinación tiranía. Cuando el daño no está compensado por un equivalente provecho, es crueldad ocasionarlo y perpetuarlo. ¿Qué motivo pues habrá llevado más allá de la raya las pretensiones del general español, volviéndose tan insensible delante de cualquier extrema miseria de la población y de las guarniciones, con tal de querer la muerte de todos y de no rendirse al enemigo generoso? Más allá de las guarniciones, [f. 1801] entre más de 4000 desdichados amparados en El Callao, solo 200 sobrevivieron. Se extinguieron familias limeñas enteras entre las más notables. Acabado todo lo comestible, alimentos muy despreciables, los animales más asquerosos prologaron los últimos días de esa tan miseranda existencia. De ahí que consumidos por el hambre y por las epidemias, normal consecuencia de tan ruin condición, murieron. El general Rodil era un guerrero distinguido y de modales hasta nobles y agradables. Sin embargo muy fácilmente se olvidaba de ser así; y actitudes de la más ávida crueldad ensuciaban [f. 1802] sus virtudes guerreras. No era enemigo por sistema, sino que su cólera brutal se dirigía hacia personalidades y hasta hacia nacionalidades. Él condenaba también a los amigos a crueles tormentos si se atrevían a interceder con él pidiéndole clemencia por algún infeliz de parte contraria que hubiera sido preso, con el que se ensañaba usando modales zafios, malos tratos y muertes ignominiosas. De ahí que es fácil deducir que su resistencia fue feroz y no guerrera. Fue una gloria depravada que él quiso procurarse. Tal vez la cruel alma de Rodil hubiera sido más dócil si la [f. 1803] generosidad de su enemigo no hubiera sido ilimitada: también los excedentes de guerrero desnaturalizado necesitan ser refrenados; y el exceso de generosidad a veces lleva al delito. Aquí termina la dependencia americana de España. Y, ya que estamos hablando de eso, comentaremos brevemente cómo los dos Perú quedaron independientes de estos libertadores, apresurándonos luego a volver a nuestros héroes argentinos en La Plata, donde otras solemnes hazañas, otros laureles cosecharán triunfos contra otra tiránica potencia de invasión.

[f. 1804] Mientras tanto, en Lima resonaban los conciertos de las músicas militares y urbanas y el repique de las campanas y el fragor de las artillerías anunciaban una gran victoria. Los ciudadanos se precipitaban de los barrios y se agrupaban en las plazas y, como renacidos a nueva vida, se abrazaban con una entusiástica actitud de [f. 1805] felicidad profunda; y olvidando los males pasados, se dejaban llevar totalmente por todos los desahogos de su emocionada



sensibilidad. El clero, después de haber reunido a los devotos en los tiempos de fiesta, cantaba himnos de alabanza a Dios. Desde sus campamentos de Chancay, el alma ambiciosa de Bolívar engrió tanto su genio dominador que le parecía ver desde la cumbre del gran Chimborazo a toda América postrarse a sus pies. Trazando en la mente fantásticos planes de dominio, se fue a Lima; y el pueblo exultante y ebrio de felicidad, lo acogió como libertador de la patria. Pronto se reunieron los representantes del [f. 1806] pueblo y el misterioso Bolívar se les presentó renunciando a la Dictadura. Los Padres de la patria se sorprendieron de tan impróvido desinterés y el pueblo desprevenido se mostró indignado viendo que él que quería renunciar en un tan solemne momento demostraba despreciar sus donaciones. Por lo tanto el pueblo suplicó, los Padres de la patria apremiaron y Bolívar reasumió el deseado poder con mucho pesar.

[f. 1807] Esta fue la primera demostración de simulación del drama peruano que Bolívar se hizo cargo de representar. Promulgado pues un decreto dictatorial para la formación de un nuevo Congreso, que se reuniría en Lima después de un año de la fecha del decreto mismo, con asiática pompa y gran séquito salió de la capital encaminándose hacia el alto Perú y bordeando el litoral, durante algunos días de marcha, se detenía en todas partes para recibir homenajes de los cuales era muy ávido, también en los más pequeños arrabales. Llegó a Arequipa donde se enteró de la [f. 1808] derrota de Olañeta, último entre los realistas y, después de haberse quedado un mes, desde allí emitió órdenes al general Sucre en Chquisaca, y se quedó a recibir los homenajes sobrehumanos que los arequipanos le tributaban complaciéndose sobremanera. Mientras tanto, el general Sucre, de acuerdo con esas órdenes bolivarianas, en Chquisaca hizo reunir un Congreso de 54 diputados del pueblo para que decidieran si las provincias alto peruanas tendrían que formar parte de la república peruana o argentina, o formar un estado independiente.

[f. 1809] Prevalció este último voto, y prosiguiendo el mismo congreso el ejercicio de su autoridad legislativa, decidió que de ahora en adelante el Alto Perú se llamaría Bolivia, proclamando la solemne declaración de independencia. Por mucho que los hombres intenten cambiar el curso de las cosas, los eternos recorridos de los alto peruanos para siempre serían los afluentes del Río de la Plata y nunca removerían la prominente [f. 1810] barrera de los Andes que la naturaleza interpuso entre ellos y su quemado y estéril litoral en el que no hay lugar, ningún lugar para el océano Pacífico.

El general Bolívar, entonces, se adentraba en las regiones altoperuanas con fasto asiático. Después de viajar de Lima a Arequipa Bolívar sigue para Cuzco, La Paz, Potosí hasta la remota Chquisaca, podríamos hablar de un prolongadísimo paseo de placer largo casi un año, dado que Bolívar era recibido en triunfo por doquier, mejor dicho era llevado y se le dispensaban remilgos de la más descarada adulación. Y como el Colombiano [f. 1811] no los esquivaba, mejor dicho ambicionaba ser idolatrado, las ciudades competían para mejor rendirle homenaje. Así que las riquezas fueron dilapidadas, los genios se dedicaban a discursos cómicos



y, de esa manera, el pueblo corrupto aprendía a reverenciar a un ser ficticio; ese era, pues, el objetivo de Bolívar para llegar a la cumbre de una descomulgada ambición. De hecho Bolívar era el héroe de Colombia; el de Perú era Sucre; y el valiente Sucre era tan bueno, dócil y humilde que escamondó él mismo la guirlanda de laureles que había conquistado con sus propias virtudes y valor [f. 1812] para adornar las sienes del dictador. Por eso en su entusiástico fervor para su nacional e individual independencia el pueblo se ofrecía totalmente en holocausto a un ídolo rodeado de esplendores. Es que es una consecuencia natural que el pueblo ignorante idolatre; pues no sabiendo elevar el espíritu incierto al ser verdadero, se resigna a lo material; y adoró al gran Bolívar tal como el pueblo hebreo el becerro de oro, no teniendo la capacidad de reconocer que [f. 1813] Bolívar brillaba con luz ajena, no emanada. Luego la causa del error del pueblo, y su ignorancia y torpeza, se desviaron de la turba de los aduladores; el pueblo siempre es, la víctima. Y si para el pueblo deriva un mal por esos hipócritas que no le permiten distinguir el verdadero bien, entonces este mal es mucho mayor si se ocultan sus necesidades a quien determina la suerte de la nación aunque esos aduladores priven de incienso el objeto de su adoración, haciéndole [f. 1814] siempre creer que el pueblo quiere lo que él quiere: ya dañado por la exorbitancia del engaño, siempre se orientan hacia el poder, del que luego sacan honor y oro inmerecido. De todo eso se deduce que el pueblo debe, además de pedir disculpas, también compadecerse de su credulidad, y aborrecer al que, por nivel, educación y medios se halla en la posición de distinguir lo verdadero y se deja llevar por vana e incommensurable ambición, hasta olvidarse de ser hombre: y no se percató de que, dejando de ser virtuoso, deja de [f. 1815] ser el predilecto de Dios: entonces cae en el extremo opuesto de la miseria, derivando la deshonra de aquella clase ilustrada de la nación, en la que se halla el verdadero ser del pueblo, alma, espíritu y esencia del mismo, mejor dicho es el pueblo mismo.

Queriendo seguir la corriente y satisfacer los caprichos de los que propenden por lo maravilloso, diremos algo sobre estas fiestas que, a decir verdad, fueron extraordinarias. Y dejando de un lado todo lo que cada arrabal, pueblo, [f. 1816] ciudad y la misma Cuzco realizaron para demostrar al Libertador todo el entusiasmo del que con gratitud era invadido el pueblo -que por todas partes aglomerado atestaba el camino por donde circulaba llevándole en un ininterrumpido triunfo bajo arcos triunfantes entre danzas, músicas, festejos, carreras de toros y haciéndole otras mil manifestaciones de alegría, es más muy pronto se notó que cada nivel y clase de ciudadano, olvidando su propia dignidad, intentaba idolatrar [f. 1817] al objeto de su fantasía- solo hablaremos, citando un ensayo, de cómo fue recibido el Libertador en Potosí, y lo que decimos de esta ciudad sirva más o menos de ejemplo por lo que se le ha hecho en Cuzco y en las demás ciudades.

No solo honores, sino también recompensas fueron tributados al Libertador Bolívar por el Congreso Nacional, asimismo al ejército libertador combinado. El nuevo estado de las provincias del Alto Perú se constituiría en república independiente y para eternizar el nombre de Bolívar se llamaría Bolivia. La [f. 1818]



nación pagaría a Bolívar un millón de piezas fuertes, otro millón al ejército combinado para la campaña del anterior año 1824. Bolívar aceptó el donada condición de que el dinero fuese invertido en el rescate de mil esclavos africanos en el territorio de la nueva república. Asimismo, en Cuzco y Potosí fueron acuñadas medallas y monedas de cobre, plata y oro con la efigie del libertador, con leyendas similares a las de su entrada en aquella ciudad. El camino que desde la ciudad de La Paz lleva a Potosí va para el departamento [f. 1819] o provincia con este nombre a través de la aldea de Leñas, que está a unas cincuenta millas de la ciudad. Antaño, este camino era casi imposible de recorrer por la estrechez del paso, pues una mula lo superaba muy difícilmente: a veces el paso estaba imposibilitado por aludes o deslaves y siendo tan empinado, arriesgado y tortuoso que ofrecía grandes peligros y grandes obstáculos, gracias a los Indios Charqueses, que en aquella ocasión se precipitaron voluntariosos y anhelantes, aquellas rocas fueron cortadas, las sendas allanadas, los precipicios colmados, las carreteras derivadas hacia lugares [f. 1820] menos salvajes y, al poco tiempo, con obras costosas, fue abierto el camino hacia Potosí para que más fácilmente pudiera pasar el Libertador. Es más, todo este trecho de camino gracias a la diligencia y a la pertinacia de aquellos habitantes fue convertido en un largo pasaje de delicias, diversiones y placeres: de vez en cuando también de triunfo, obeliscos, inscripciones, lugares sombríos hechos de propósito y de vez en cuando unos bellos *berçeaux* para tomar un refresco y una comida. Todas las autoridades [f. 1821] civiles y eclesiásticas salían de Potosí en gran pompa hasta Leñas para ver al Libertador y, mezclándose con las militares en gran parada, generaban un espectáculo pomposo. En la frontera del territorio de la provincia había sido erigido un obelisco con una inscripción y desde el momento en el que el Libertador apareció a vista de ojo se grabó la fecha precisa. Acudieron muchos millares de Indios, entre los cuales los Caciques que tenían un séquito selecto, vestidos [f. 1822] caprichosamente, conforme a su traje con múltiples colores y penachos que avivaban el ojo de modo extraño pero no desagradable. Esas tribus indias colocadas a lo largo del camino por donde pasaba el grupo, bailaban delante del Libertador de manera que, pasando de parte a parte, toda aquella ruta parecía una única fiesta de baile; y los cantos, los vítores, las alegorías y hasta las extrañezas de aquellos resucitados a una nueva vida social, era lo que más destacaba, porque era también lo más inocente. A estos indios Caciques fueron distribuidas medallas de cobre [f. 1823] y de plata con la efigie de Bolívar y las llevaban colgadas en el cuello. A medida que el Libertador se iba aproximando a la ciudad, la muchedumbre que aumentaba cada vez más, los signos ornamentales y los arcos de triunfo eran muchos, tales que el camino todavía lejano varias millas de la misma era tan obstruido que las guardias, queriendo facilitar el paso no podían abrirlo sin el uso de la fuerza y pese a que muchos [f. 1824] se apresurasen felices, lo conseguían con dificultad. Cuando, acercándose a su destino se asomó cercanísimo el argénteo monte, lo vio lleno de banderas hasta la cumbre; y flameaban los bellos colores americanos que habían conducido a la victoria a los héroes peruanos, chilenos, colombianos y argentinos. Justo cuando



entraba en la ciudad un saludo con veintiún disparos de triquitraques desde la cumbre del Cerro retumbaba en aquellos profundos valles produciendo un efecto mágico. [f. 1825] La explosión de cada triquitraque se parecía a la de seis cañones de 24 libras disparados a un tiempo y el eco resonaba, el aire golpeado se agitaba en aquellos grandes valles, de manera que desde lejos se oía un fragor, como un gran huracán que pasa vertiginoso, despedaza y arrasa hasta perderse en el espacio inmenso. En todo eso campanas, instrumentos, vítores, toda la ciudad engalanada de damascos y guirlandas, las ventanas repletas de bello sexo que hacían llover flores, [f. 1826] coronas y guirlandas sobre el Libertador, que avanzaba cabalgando altivo un corcel ricamente bardado entre el general Sucre y el gobernador Usin, agradeciendo con nobles señas las atentas muestras del bello sexo, entre los vítores espectaculares y las clamorosas aclamaciones de más de 40 mil personas; de ahí que todo el ejército, dividido en dos grandes líneas, a duras penas podía retenerlas para que quedase libre el paso al grupo. Entre los varios arcos triunfales, el más bonito estaba a la entrada del palacio gubernamental. Cuando llegó el Libertador dos [f. 1827] mozos angelicales bajaron de su cumbre, haciéndole cada uno un breve discurso. En la entrada de la sala principal seis bellas potosinas representaban el bello sexo, y salían a recibirlo, le pusieron sobre la cabeza una corona de laurel, desparramándole en derredor flores mandadas a traer de lejos, no pudiendo aquellas regiones elevadas permitirse su producción. Una entre aquellas matronas se felicitó por su llegada; otra se congratuló con un discurso, la tercera exhibió [f. 1828] la quintaesencia doctoral de los sapientísimos doctores de la ciudad. Después de todos estos ceremoniales el gran séquito se dirigió a la catedral, las artillerías anunciaron su salida y, metido Bolívar bajo un baldaquín de oro, fue transportado delante del altar rociado con agua bendita, perfumado con inciensos, encomendado al Señor en los cantos sagrados.

Pasaron siete semanas con bailes, comidas, fuegos artificiales, iluminaciones, [f. 1829] cazas de toros, torneos, figurantes, mascaradas y cosas similares que acompañaban su llegada hasta su salida, y mientras tanto le llovían encima los títulos por todas partes, algo ignominioso tanto para los que los emitían como para el que los recibía, ¡incluso el de gran príncipe! Para todo eso se prodigaron tesoros. Hasta las damas cotidianamente lanzaban al pueblo mucho dinero, pues la ciudad siempre estaba llena de aldeanos. En todos [f. 1830] estos discursos, felicitaciones o brindis a Bolívar nunca le faltaban muy buenas respuestas improvisadas: lo cual llamaba la atención de quienes le escuchaban. Un día finalmente fueron a desayunar en la cumbre del Alto Cerro de Potosí, donde invitando a una copa el Libertador dijo: «la gloria de haber llevado hasta estas frías regiones nuestros estandartes de libertad, difunde en el camino los inmensos tesoros de los Andes que se hallan debajo de nuestros pies».

Varias personalidades de los Estados del Sur de América vinieron aquí para felicitarlo en nombre de sus gobiernos; desde Buenos Aires llegaron el general Alvear y el doctor Díaz Vélez.



[f. 1831] Entre estos batiburrillos, el héroe colombiano lograba encontrar su interés, mejor dicho los había provocado con esa finalidad porque mientras entretenía al pueblo, lo hacía por su interés, atrayéndolo insensiblemente hacia sus caprichos, exactamente como el pescador que ceba con los anzuelos los inocentes habitantes de las olas, deslizándose por el líquido elemento, se precipitan a tragar la comida anhelada y, mientras piensan atracar el vientre, [f. 1832] se les enreda por las fauces y la garganta. Así que en casi todo este año, gastando sumas enormes y llevando las cosas hasta lo que quería, hizo nombrar Presidente de la nueva república al gran Mariscal de Ayacucho, general Sucre, de ahí que disuelto el Congreso partió para Lima, porque habiendo ya llegado el nuevo año, como dijimos se debía reunir el Congreso peruano. De hecho, cuando llegó, vio que los representantes del pueblo estaban llegando a la capital, reuniéndose luego en círculos, preparando [f. 1833] los temas de sus próximas conversaciones. En estas tertulias, como es fácil deducir, se hablaba sobre todo y con toda razón del desalojo de las tropas colombianas del territorio de la república, habiendo desaparecido los motivos de su llegada. Por lo que al Libertador se refiere, ellos refirieron las palabras que el mismo Bolívar usó cuando llegó a Perú, o sea que cuando ese estado hubiera sido libre, él volvería a su país con las tropas colombianas, sin [f. 1834] llevarse ni un grano de avena. Por los desmesurados honores conseguidos a lo largo del camino de su estirado trayecto, ahora el general Bolívar, quien antes era soberbio y arrogante, se volvió autoritario y descarado, tal como el que quiera eliminar los obstáculos de cualquier tipo a su insaciable codicia. Así, el Libertador advirtió con desdén a los diputados del nuevo Congreso que no osaran manifestar opiniones divergentes a las suyas sin consultarle, y pareciéndole la independencia de estos señores como una inaudita arrogancia, dio una orden específica a cada uno de ellos para que [f. 1835] sometieran la autonomía de sus poderes al examen del Supremo Tribunal de Justicia, a lo cual los diputados del pueblo respondieron decidida e imperturbablemente que ese dictamen correspondía a la Cámara reunida. Tal respuesta irritó el espíritu fiero de Bolívar quien con gran estrépito declaró que abandonaría Perú, ante cuya declaración sus seguidores suplicaron que permaneciera, prefiriendo que en lugar suyo se fueran los Padres de la Patria, a lo que [f. 1836] Bolívar condescendió fácilmente y envió a los diputados a sus casas. Es cierto, pues, que los halagos de los Altoperuanos alimentaron en Bolívar los gérmenes de la tiranía, y de Libertador que era, lo transformaron en un déspota insensato. Pero esto es solo el principio. El general Bolívar se puso a hacer de legislador cosmopolita. Compuso una constitución política para la nueva república boliviana, llamada también código boliviano, cuyo Congreso [f. 1837] la hizo jurar al pueblo, y volvió a elegir al general Sucre como presidente, según la mencionada Constitución, la cual establecía que el Presidente hubiera sido vitalicio, ¡con la facultad de elegir a su sucesor! Sucre aceptó la presidencia de Bolivia, mas solo para dos años y a condición de que permanecieran, durante este tiempo, dos mil hombres de tropas colombianas. Aceptaron. Es inútil hacer notar qué detrás de todos estos complots se hallaba el Dictador Bolívar. Para que todo



el asunto saliera bien, el Perú entero presionó para que la Constitución boliviana fuese aceptada [f. 1838] y para hacer eso colocó en los empleos más altos a sus partidarios, e hizo venir de Bolivia al general Santa Cruz, su gran admirador, y lo puso en la Presidencia del Consejo de Estado. Por lo tanto la presencia de estas ilustres personalidades hacía difundir la necesidad de un gobierno fuerte contra la supuesta demagogia, casi como si el gobierno más fuerte no fuese el capitaneado por la opinión general de toda la nación, y esta opinión no se diera a conocer gracias al voto de los [f. 1839] representantes del pueblo. Por causa de esa impopularidad y de esos abusos, los colombianos se procuraban la animadversión del pueblo, y aquella antipatía provincial que en todas las naciones y en todos los pueblos es fuente de sarcasmos por la degradación de costumbres y lenguajes, se trasformó en odio entre los peruanos y los colombianos y de las facciones se llegó a las conspiraciones. El gobierno de Bolívar creyó o simuló creer haber descubierto una intriga contra el dictador y sus tropas por lo cual empezó a registrar. Establecido, [f. 1840] según la costumbre un Tribunal Inquisitorial, algunos fueron fusilados, muchos encarcelados, muchísimos exiliados: mejor dicho, para darse prisa echaron a todos los argentinos y chilenos que en aquel entonces se hallaban en Perú. ¡Así actúa la tiranía! ¡Este es el tirano Bolívar sentado en el trono! Por ese desastre pasaron también los hombres más distinguidos por talentos, más notables por linaje, más honorables por los servicios prestados a la independencia que, por no tener tiempo, [f. 1841] omitimos nombrar. Mas es oportuno citar la fórmula de una sentencia usada generalmente por aquel bandido Tribunal, mientras mandaba Bolívar. «No derivando del proceso ningún indicio contra los... se pondrán en libertad y se les comunicará salir del país dentro de... días».

Convocados a Lima los argentinos e intimidados a partir, para todos replicó el valeroso veterano de la independencia, el general Necochea, quien devolvió [f. 1842] con desdén al Consejo de Estado su Diploma de general de Perú, y restituyó algunos créditos de algunos servicios prestados, declarando que nada traería consigo de Perú más que sus heridas. El Consejo recibió fríamente las dimisiones y los créditos sin atreverse a acusar recibo.

Era normal que esas medidas tiránicas produjeran un gran aumento del descontento general, por consiguiente Bolívar, viendo que el asunto estaba al borde [f. 1843] del colapso, si bien advirtiese el alejamiento del pueblo de su sistema, esperaba que la obstinación de estos señores lo llevaría al triunfo si el país no estuviera envuelto en la confusión. Es más, Bolívar de propósito decía que quería irse de Perú a Colombia, donde negocios urgentes lo llamaban al orden, la cual noticia surtió el efecto que él había pronosticado. Súplicas y manifestaciones de todas partes y de todas las clases del pueblo le cayeron encima para que [f. 1844] abandonara su decisión. El propósito de San Lázaro, encabezando una gran procesión de sus parroquianos, desde las orillas del [...] se dirigió a la plaza pública y, alineando a su gente que avanzaba con los labios achacosos llevando banderas e instrumentos musicales, aclamando al general Bolívar delante del palacio, el reverendo cura se detuvo delante del Libertador, quien se había asomado por



una ventana y, conseguido a duras penas un momento de silencio, lo exhortó en nombre de sus parroquianos. Insistiendo Bolívar en sus [f. 1845] propósitos, desde la plaza gritaron que lo hubiera hecho pasando por encima de sus cuerpos que él había protegido. La municipalidad como cuerpo se presentó en el palacio, y no pudiendo lograr de él una respuesta positiva, renunció a su cargo ante él. De todos los barrios de Lima partieron diputaciones, y no pudiendo disuadir a aquella roca, unánimemente le dijeron que alrededor de su cuerpo hubieran formado una muralla impenetrable con sus cuerpos. En fin el colombiano, extenuado por [f. 1846] tal insistencia, se tomó un tiempo de ocho días para madurar su decisión. Estos días no fueron otra cosa sino la continuación de otras escenas teatrales de las más descaradas y grotescas. No solo siguieron las de las ciudades, sino también de las provincias dimanaron manifestaciones del mismo tipo. De manera humilde el ejército expuso su pensamiento y el doctor Pedermonite evidenció de la predicadera que Perú estaba perdido sin Bolívar y la muchedumbre de aldeanos por primera vez fue introducida [f. 1847] en la ciudad y metida en el palacio sin saber porqué: porque Bolívar quería partir. Dentro de todas estas representaciones, para completar el drama era necesario que, en un país donde era tan idolatrado, el bello sexo participase en el asunto. De hecho las matronas limeñas reunidas en el Pretorio, de ahí iban al palacio y, haciendo corro al Libertador, instaron con toda demostración posible para que desistiera de partir, y delante de esta insistencia Bolívar respondió: «que él era soldado de la beldad, porque había luchado por la libertad que es [f. 1848] bella, encantadora y aporta la felicidad al seno de la belleza, en la que se anidan las flores de la vida». Delante de esta galantería las bellas suplicantes más cerraron filas alrededor de Bolívar. Una de ellas, que tal vez jugara el papel más innoble en esta muy innoble escena, con voz de ángel abrió la boca y se oyó: «¡El Libertador se queda!».

Salva de vítores, los acostumbrados estrépitos de campanas, artillerías, músicas, iluminaciones, bailes y fiestas de todo tipo, anunciaban en aquella noche a los ciudadanos [f. 1849] la buena noticia que Bolívar se quedaba; y por la mañana, reunido el Colegio Electoral de Lima, fue adoptada la Constitución Boliviana y Bolívar nombrado Presidente vitalicio de Perú.

Aunque aborrecemos esas narraciones y nos apresuramos a salir de ellas lo antes posible, está claro que no podemos prescindir de observar de pasada que el prepósito de San Lázaro fue promovido a canónigo de la Catedral, y el doctor Pedemonte elevado a la sede arzobispal, investido [f. 1850] de los poderes del papado, y de la misma manera otros, menos que las matronas, pues no lo sabemos. Sin embargo, si se tuviesen que recordar las mezquinas adulaciones que en esta ocasión se pusieron en escena y si se pudiese creer que originaron de un sentimiento de persuasión, se tendría que reprobar la nimiedad peruana que hasta este punto se arrebujó en el fango de la abyección. Pero que todo eso dimanase de un partido lleno de fugitivos detrás de la persona de Bolívar como garrapatas que se pegan a gordos bueyes estancados en las cálidas regiones y los llenan, los acribillan y los [f. 1851] chupan hasta quitarles humores nutritivos, de manera



que flacos, descarnados y hasta consumidos acaban cadáveres, abandonados por los pequeños hostigadores en cambio de otros rollizos y gordos, lo demuestra, digo, el hecho que cuento a continuación, que contiene un supersticioso fanatismo asiático, y que en su conclusión hace desaparecer toda la ilusión del drama. Un personaje de elevada dignidad, abriéndose en aquella ocasión camino en la turba de suplicantes, quiso sobrepujar a cualquier otro admirador entre los muchos de aquel momento y se echó en el suelo a los pies de [f. 1852] Bolívar, pidiéndole la amabilidad de ponerle un pie sobre el cuello para poder hacer gala de haber sujetado al mejor hombre del siglo. Este hombre, dentro de poco, se volvió el más terrible enemigo de Bolívar. La historia debe callar el nombre de este hombre, vergüenza de la humanidad y porque siendo personal la infamia no denigre el nombre de su inocente familia y solo el suceso penoso quede envuelto por su bajeza. Todos estos hombres ambicionaban [f. 1853] honores y oro: casi todos trabajaban por ello o deseaban hacerlo; y aquellas mismas matronas eran sus mujeres, lo cual nos induce a deducir que estaban obligados a una veneración similar más por interés material, siendo ya contaminados por vil servidumbre, que por estar verdaderamente convencidos y dentro de poco los veremos desaparecer como niebla delante del sol. Sin embargo, lo que la historia no puede callar ni debe esconder es que el límpido nombre de Bolívar se oscurezca con similares infamias; [f. 1854] por cierto, es muy penoso que hombres tan viles se humillen hasta este punto, pero es más penoso aún que el héroe colombiano se haya olvidado tan temprano de ser hombre, aceptando obsequios que la misma divinidad, si fuera visible, desdeñaría patentemente, aborreciendo esa humillante evolución de su época. Solo allí, en los apartados lugares de la Alta Asia, donde la superstición y la ignorancia arrastran la carroza del poder del déspota, los cuerpos de los desgraciados se echan en las zarpas de los brutos, porque ni el poder tiene [f. 1855] conciencia de sí mismo, ni los brutos de lo que hacen. Sin embargo, en el caso de Bolívar, el paladín de la libertad, y del pueblo que aclama la tiranía ¡es todo lo contrario! Por lo tanto hay que deducir que la mente de Bolívar hubiera padecido bastante y que una idea llegada a ser gigante haya ofuscado los sentidos del que ha invadido, de ahí que nunca el hombre debe creerse superior a los demás hombres, porque apartándose demasiado de su manera de ser, se acerca excesivamente al despotismo y se hace tirano.

Pocos días después de su nombramiento como Presidente vitalicio de Perú, el general [f. 1856] Bolívar recibió algunas comunicaciones de Colombia, que lo informaban que el general Páez de Caracas se negaba a obedecer al Presidente provisional Santander en Bogotá, por lo cual partió rápidamente para aquel destino y, por una extraña casualidad, sin estrépitos del pueblo, de aquel mismo pueblo que hacía algunos días no podía vivir sin la presencia del gran Bolívar: ahora, sin obstinación e indiferente, acompañado por muy pocos al cercano Callao, lo ven embarcarse sin abrir boca, sin correr al lido para decirle un sencillo adiós.

[f. 1857] «Amo el silencio cuando es elocuente». Bolívar arriba felizmente a Guayaquil donde debió de sorprenderse que el gobernador Mosquera hubiese



proclamado la Constitución boliviana y a Bolívar Presidente vitalicio; y pasando por Quito halló esa noticia también allí. Bolívar prosiguió tranquilo, de prisa, sin dar públicas señales tanto de reprobación como de aprobación, pues no podía, siendo este un acto inconstitucional, habiendo aquellas provincias ecuatoriales jurado en la Unión a Colombia por mantener intacta su Constitución hasta [f. 1858] el año 1834. De hecho el gobierno de Santander los había declarado culpables de rebelión, mas Bolívar los encubrió. Viajó pues hasta Bogotá y de ahí hacia la lejana y remota Caracas. Parece que logró con muy poca dificultad poner de acuerdo al general Páez con el gobierno. Enseguida el Libertador se dio maña [f. 1859] para hacer adoptar el Código boliviano en toda Colombia, para que desde Potosí hasta Caracas existiera un solo sistema gubernamental bajo la Presidencia del inmortal Bolívar. Sin embargo, a pesar de que los escritores y abogados enredadores intentasen convencer al pueblo para que lo aceptara, este daba muestra de ser muy contrario, porque se percataba de que un presidente vitalicio con la facultad de elegir a un sucesor no era otra cosa sino un monarca, con el que estaban totalmente en desacuerdo los principios proclamados en la gran lucha por la independencia.

[f. 1860] Mientras tanto desde la ciudad de Panamá corrió una voz, y del istmo se difundió sobre los dos océanos, y se extendió a lo largo de los litorales hasta el estrecho de Magallanes e invadió todo el continente suramericano. Monteagudo llama a todos los pueblos a reunirse en una gran federación para hacer frente a los enemigos externos e internos, a España, a la Santa tiránica Alianza Europea, al mundo entero. Por lo tanto invitaba a todas las naciones [f. 1861] americanas de habla española a mandar con Bolívar Diputados al gran Congreso que se reuniría en Panamá, en el que participaron Perú, Colombia, Bolivia, México y Guatemala, menos Chile y Argentina.

El magnífico programa de este Congreso pues se evaporó, y se disolvió después de algunas pomposas, ampulosas y vacías palabras. El Código boliviano y su sistema continental americano tuvieron la misma conclusión que el código napoleónico y su sistema continental europeo. Lo sucedido recientemente a este último no sirvió para [f. 1862] controlar al primero, por consiguiente se desmanteló totalmente la gran obra recién emprendida.

Cada vez que esos dichosos soldados quieren actuar como legisladores cometen un error, porque juzgan el pueblo por su comportamiento bajo el estrépito de las armas. Esos genios marciales creen que, por haber debelado los regimientos, han superado cualquier impedimento para la conquista de los pueblos. El tema, pues, es diferente. Terminado el fragor de las armas, volviendo a la normalidad, las ideas [f. 1863] avanzan, se desarrollan, se exteriorizan, y los pueblos conscientes de sus derechos, perciben su propia nacionalidad y exigen su cumplimiento. Por lo tanto el pensamiento de Bolívar no fue otra cosa sino una imitación del gran pensamiento de Napoleón; y si este no lo logró, su quimera debía enseñarle al Libertador a no experimentarla puesto que sucumbió. Y si un propósito tan alto apenas puede caber en nuestros días para un lejanísimo futuro, vislumbrando



un atisbo de esperanza, de agregación o de aglomeración de las poblaciones europeas, [f. 1864] pensamiento que entretanto las asambleas de genios sabísimos manejan con prudencia intentando abrirse paso en las tinieblas de un incierto futuro, el genio de Bolívar, repito, por lo menos hubiera tenido que advertir que lo que fue imposible en la culta y unida Europa, tanto más lo era en la aún ruda y extensa América, cuyas incipientes nacionalidades surgiendo acá y allá tan lejanas las unas de las otras, advierten todo el orgullo de su potencia [f. 1865] individual, sin compartir en absoluto la gloria de su vida colectiva. Y si se quiere tomar como ejemplo a la gran Federación del Norte, ¡ni comparación! Sacudió el yugo un pueblo renovado, hijo de una madre ilustrada: las luces acompañaban las armas: [el pueblo] estaba consciente de su propia importancia antes y después de la independencia, de ahí que supo guardar aquella dosis de libre existencia político-social ventajosa para el desarrollo en el que se hallaba y que podía aumentar. Es más, constituido por sí solo con este fin, echó los cimientos del gran edificio [f. 1866] erigiendo poco a poco las altas murallas siempre poniendo atención experimentadamente en el elemento tiempo. La providente y sagaz mente de aquellos legisladores notó que el tiempo les hubiera ocasionado una gran ventaja: se dieron prisa sin precipitarse. ¿Qué pretendía entonces el gran Bolívar? Que los pueblos en sus albores separados los unos de los otros por inmensurables desiertos, bajo áreas distintas, con hábitos diferentes por las diversas costumbres que habían adquirido por [f. 1867] circunstancias diametralmente opuestas; esto es, con intereses diversos por naturaleza y lugares, con necesidades diferentes por inclinaciones y grados de civilización, similares en una sola cosa: en el odio contra España: por lo demás, ¿cada cual orgulloso de su propia independencia pretendía realizar la amalgamación de cuerpos tan heterogéneos, sin inflamarlos con aquel grado de civilización que es necesario para lograr la fusión?

[f. 1868] Durante el segundo aniversario de la victoria de Ayacucho, el gobierno de Perú hizo jurar el Código boliviano, y todos los funcionarios juraron, antecediendo el acto con las habituales farsas que precedentemente dedicaban a Bolívar.

A pesar de los esfuerzos del lugarteniente de Bolívar, de su fiel Santa Cruz, al que se le dejó como presidente de los ministros del gobierno y de los altos funcionarios, y además de algunos ricos terratenientes, el murmullo de la Presidencia vitalicia era [f. 1869] general y evidentes las señales de repulsión nacional. Sin embargo, lo que iba a consolar este difundido sentimiento peruano era el hecho de que las tropas colombianas lo compartían. De hecho, dándose maña, los patriotas consiguieron que el joven coronel colombiano Bustamante formara parte de las tropas y, encarcelara al general Lara y a aquellos oficiales del partido contrario, embarcándolos para Guayaquil, declarándose partidarios del [f. 1870] vicepresidente Santander y de la Constitución colombiana que habían jurado; en Lima, pues, fue instalado un nuevo gobierno con gran satisfacción universal. Las tropas colombianas, cobrados sus sueldos, fueron llevadas a los barcos por el honrado y generoso coronel Bustamante y trasladadas a Guayaquil.



Libre la nación peruana de toda influencia extranjera, procedió a la formación de nuevos Mítines: fueron nombrados los representantes del pueblo y [f. 1871] un nuevo Congreso en Lima eligió al general La Mar, de la ciudad de Guayaquil, como primer presidente del Perú libre.

Un acontecimiento tan favorable por cierto debía producir las mismas ganas en las intenciones de los Altoperuanos y, de hecho, pedían el apoyo de aquellos hermanos; y del Sur del Alto Perú partió el general Gamarra con una división de hombres. El valiente general Sucre defendió todos sus derechos, controló el territorio palmo a palmo, hizo todo lo posible para quedarse en el puesto que les habían encargado. Sin embargo sus soldados ya no ardían por aquel sentimiento de libertad que los [f. 1872] inflamaba en los días pasados cuando desde el llano de Ayacucho acudían al Alto; la sagrada llanura ahora pertenecía a sus enemigos y, alimentada en sus pechos y llevada por un halo de esperanza convirtió en cenizas cualquier esfuerzo. Fue todo inútil: las tropas colombianas invasoras tuvieron que retroceder frente al pueblo Altoperuano; el mariscal de Ayacucho se rindió y se embarcó para su país. A la nación quedó el nombre de Bolívar, y el de Sucre a su capital: lo que sigue demostrando la imborrable gratitud de los peruanos hacia sus libertadores.